

HOJEDA, DIEGO DE (1571-1615)

*LA CRISTIADA*

INDICE

- I. GETSEMANÍ
- II. LA ORACIÓN SUBE AL CIELO
- III. EL CONCILIO INFERNAL
- IV. EL ARCÁNGEL GABRIEL RELATA A LA VIRGEN, EN FORMA DE PROFECÍA,  
EL DESCENDIENTE AL INFIERNO Y LA RESURRECCIÓN
- V. EL ARREPENTIMIENTO Y LA MUERTE DE JUDAS ISCARIOTE
- VI. LA CRUCIFIXIÓN Y EL ENTIERRO

I

GETSEMANÍ  
(Libro I, 66-149)

Ya el Santo ungido con virtud eterna  
De gracia personal y unción divina,  
Todo abrasado en caridad interna,  
Al huerto sale: a padecer camina  
El que la inmensa fábrica gobierna  
Que sobre el mundo temporal se empina;  
A padecer camina, atormentado  
De su mismo gravísimo cuidado.

El alma pura, el corazón suave  
(Que al sueño dulce de su cara esposa  
A quien ha dado de su amor la llave,  
Siempre en vigilia está, jamás reposa)  
Ahora apenas en su pecho cabe,  
Con ansia reventando congojosa:  
¡Tanto un pavor y una tristeza extraña  
Le asombra el corazón y el pecho baña!

Con tardas huellas va, con paso lento,  
De su amor y su pena combatido,

Y su elevado y noble entendimiento  
A su pasión y cruz y muerte asido:  
La vista baja, el rostro macilento,  
De lágrimas el suelo humedecido,  
Y el desalado suspirar, dan muestra  
Que a Dios teme su eterna y propia diestra.

La noche oscura con su negro manto  
Cubriendo estaba el asombrado cielo,  
Que por ver a su Dios resuelto en llanto  
Rasgar quisiera el tenebroso velo,  
Y vestido de luz, lleno de espanto,  
Bajar con humildad profunda al suelo,  
A recoger las lágrimas que envía  
De aquellos tiernos ojos y alma pía.

La húmeda esfera con preñez oculta  
Tempestuoso parto amenazaba,  
Y a la dura, infiel, bárbara, inculta  
Salén con enemigo horror miraba:  
Que al mundo etéreo alguna vez resulta  
Un no sé qué saña y fuerza brava  
Para vengar de su Criador la ofensa,  
Cuando menos el hombre en ella piensa.

Con silbo ronco el espantado viento  
Al eco tristes voces infundía,  
Y el agua con lloroso movimiento  
Las piedras que tocaba enternecía:  
El valle, a su confusa voz atento,  
Suspiros de sus cuevas despedía:  
Suspira el valle, duerme el hombre; quiso  
El Valle al hombre dar un blando aviso.

Del soplo agudo las robustas plantas  
Con lastimado golpe sacudidas,  
Templando, de su Dios las huellas santas,  
Mustias besar quisieran condolidas:  
Tanto respeto, inclinaciones tantas  
Mostraban copas y almas abatidas,  
Que por ellas juzgara el hombre ingrato  
Que debe al Dios que compra tan barato.

Hombre dormido, advierte que velando  
Brama el buey, ladra el perro, el ave pía,  
Y a su buen Dios con lástima mirando,

Reverencia la noche, huye el día,  
Y en amigo tropel y unido bando  
Se desvela por Dios cuanto Dios cría,  
Esfera, nubes, plantas, valle y monte,  
Cuevas y arroyo, y todo su horizonte.

Mas ¡oh, tú, Mente sacra, antigua ciencia  
Que el cerebro enriqueces soberano  
De la infinita singular esencia,  
Y la ignorancia ves del seso humano!  
La inaccesible luz de tu presencia  
Tiempla con generosa y blanda mano,  
Y la mina de intentos admirable  
Me muestra de aquel pecho inescrutable.

"Hoy, entre sí decía, fin he dado  
Al mayor hecho de mi brazo fuerte:  
Hoy en divino epílogo he cifrado  
Cuanto el mar grande de mi ciencia vierte:  
Hoy en manjar al hombre me he guisado,  
Y el hombre me procura dar la muerte;  
Pero así mi bondad se comunica,  
Y junto a su maldad mejor se explica.

"La sustancia del pan en la sustancia  
De mi sagrado cuerpo he convertido.  
¿Qué más dulzura? ¿Qué mejor ganancia  
Que a Dios comer, a Dios con ella unido?  
Mesa de tan espléndida abundancia,  
Que es la esencia del bien, ¿ha conocido  
Jamás el hombre vil? Y ¡que pretenda  
Así perder tan rica y dulce prenda!

"Dime: naciendo, en fácil compañero  
Y en hermano suave al hombre ingrato,  
Y, comiendo en manjar doy verdadero  
Mi cuerpo: ¿puede ser más noble trato?  
Cómprame ahora el hombre, y por él quiero  
Consentir que me vendan tan barato:  
¡Que él por mí, por mí viles metales,  
Y yo le compre a peso de mis males!

"Si viera un dios igual a mi grandeza  
Y de mi propia esencia diferente,  
Que su ilustre inmortal naturaleza  
Me diera afable y amorosamente,

Yo Dios ¿no celebrara su franqueza  
Y su inmenso y magnífico presente?  
Pues ¿cómo pierde con el hombre amado  
El mismo Dios, si a Dios le ha presentado?

"Pierde tanto, que el pérfido enemigo  
Judas los escuadrones solicita,  
Y en faz alegre, de apacible amigo,  
Viene a entregarme y a prenderme incita.  
¡Oh de mi puro amor fiel testigo!  
¿Tan pequeño interés te precipita?  
¡Qué mal me vendes! ¡Tan poco valgo,  
Siendo ilustre cual Dios, cual Dios hidalgo!

"Prométeme a los crudos fariseos;  
Dame a los sacerdotes envidiosos;  
Ofréceme a los torpes saduceos;  
Ríndeme a los romanos ambiciosos;  
Que pues no avergonzaron tus deseos  
De Dios las manos, a tus pies lodosos  
Sujetas y lavándolas, clavadas  
Quizá en la cruz te moverán rasgadas.

"Mas ¡ay! que morirás antes que muera  
Yo, que por ti mi santa vida entriego.  
Tente, Judas amigo, espera, espera;  
Que a parar vas en el eterno fuego.  
¡Oh, terrible dolor! ¡Congoja fiera!  
¡Que muera ante mi luz, de vista ciego,  
El que a ciegos dio luz y a muertos vida!  
Mas él huye la luz que le convida."

Pensó, y a sus discípulos amados  
Dijo con ojos de piedad llorosos:  
"Vosotros hoy me dejaréis, turbados,  
Entre lanzas de bárbaros furiosos:  
Esta noche os veré escandalizados,  
De mi daño y el vuestro temerosos;  
Que, herido el pastor, las desvalidas  
Flacas ovejas quedan esparcidas."

Pedro, que estaba a su decir atento,  
Y con robusto corazón le amaba,  
Este pensó entre sí noble ardimiento,  
Y osado respondió lo que pensaba:  
"Si fuere menester morir contento,

Señor, en esa guerra injusta y brava,  
Moriré haciendo de mi esfuerzo alarde;  
Mas no te negaré jamás cobarde."

Y Christo: "Lo que digo no te espante;  
Que cumplido veras lo que te digo:  
Cuando segunda vez el gallo cante,  
Ya tú me habrás negado, Pedro amigo.  
Y todos hoy con ánimo inconstante  
Me dejaréis, huyendo a mi enemigo,  
A mi enemigo, y en confuso estruendo  
Me dejaréis y os volveréis huyendo.

"Mas id: que yo me ofrezco en sacrificio  
De holocausto perfeto al sumo Padre:  
Mi nombre es Salvador y hostia mi oficio,  
Y al nombre importa que el oficio cuadre.  
A este nuevo, gravísimo ejercicio  
Obligado en el vientre de mi madre  
La vida recibí, y ahora hago  
Lo que en él prometí: débolo y pago.

"Siempre estará mi espíritu animoso,  
Si bien sigue a la carne su flaqueza,  
Y el trance de la muerte riguroso  
Temor le pone, cáusale tristeza."  
Dijo; y llegando al huerto pavoroso,  
De sombra armado y lleno de fiereza,  
A sus caros discípulos despide,  
Y un ora sola de oración les pide.

Mas ellos ¿de qué suerte recibieron  
El dulce ruego del Maestro santo?  
Tristes, confusos, con horror fingieron  
De árboles, montes, fieras, de su espanto  
Vencidos, y cobardes se durmieron;  
Que el miedo forma del temor quebranto:  
Simón está sonando, Juan no vela,  
Diego reposa, y Christo se desvela.

¡Oh, buen Señor! ¡Que siempre han de dejaros  
En el mayor peligro las criaturas!  
¡Que en la misma ocasión han de faltaros  
Que vos espaldas les hacéis segurar!  
Daisles para seguiros ojos claros;  
Buscan para no ver sombras oscuras:

A grande amor, ingrata recompensa:  
De vos el bien, y dellas es la ofensa.

Al primer ángel y a su escuadra odiosa  
Distes naturaleza perdurable,  
Y al formar esta masa generosa,  
Gracia les infundistes admirable:  
Tanta merced, franqueza tan copiosa  
¿Era digna de un hecho memorable?  
Pues al tercer instante no esperaron;  
Que en el segundo contra vos pecaron.

El primer hombre, de reciente tierra  
Con vuestro vivo espíritu alentado,  
Os hizo en sana paz aleva guerra,  
De su vil polvo apenas levantado:  
Su alma perfecciones mil encierra;  
Su cuerpo está en vergel por Dios sembrado,  
Y alcaide al fin de Dios, y a Dios ofende  
En el mismo castillo que defiende.

Y ahora, Pedro, piedra ilustre y fuerte  
Del celestial católico edificio,  
Y el dulce Juan, a quien regalos vierte  
De amado el nombre y singular oficio,  
Y Diego, a quien de tres le cupo en suerte,  
Por vuestra providencia y beneficio,  
El gozo del Tabor, ahora os dejan.  
¿Con qué monstruo los hombres se aconsejan?

Como el anciano padre valeroso,  
Cuando la amada hija, en rico lecho  
Durmiendo, goza del común reposo  
Que el alma quieta y apacigua el pecho;  
Atento vela, y nota cuidadoso  
Con graves ojos su mayor provecho,  
Procurando hallar marido ilustre  
Que dé a la hija honor y al padre lustre;

Así Dios, de mortal carne vestido,  
Cuando sueño mortal los miembros flojos  
De los hombres derriba en torpe olvido  
Y al cuerpo y la razón cierra los ojos;  
La faz turbada, el ánimo herido  
Con duras puntas de ásperos abrojos,  
Por ellos vela en oración postrado:

¡Oh, buen Dios, por dormidos desvelado!

Mas tú, santa Oración, virtud divina  
Que a sacar una imagen verdadera  
De tu misma excelencia peregrina  
Bajaste al huerto con veloz carrera;  
Y aquella cara de alabanzas digna,  
Cual si tu venerable rostro fuera,  
Para aprender tu oficio, dibujaste,  
¿Qué viste, ¡oh, gran virtud!, y qué pintaste?

Viste que lejos de sus tres amigos,  
Y como de tres partes arrancado,  
Fue a lidiar con sus fieros enemigos,  
Para vencer en tierra derribado:  
Viste que hizo en su afán testigos  
A los hombres, por ellos humillado,  
En sí mismo tomando los dolores  
De ellos, como fiador de pecadores.

Así es verdad; que en su tragedia triste  
La figura de todos representa,  
Y de sus culpas una ropa viste  
Tejida en maldición, hecha en afrenta:  
Vistiósela, y ahora no resiste  
Ser echado por ella en la tormenta  
Cual otro Jonás; antes le parece  
Que ya perdón con ella les merece ".

Por eso, cual si fuera miserable  
Injusto pecador, se postra en tierra,  
Y barre con su rostro venerable  
El polvo que a Dios hizo tanta guerra.  
La vestidura, pues, abominable  
De siete fajas consta, y siete encierra,  
Tejidas de pecados, telas varias,  
Si bien unidas, entre sí contrarias.

En la primera está la majestosa  
Libre SOBERBIA, grave y empinada,  
En una silla de marfil preciosa  
Con ancha pompa de ambición sentada:  
Corona de oro ciñe su enojosa  
Descomedida frente; y su hinchada,  
Enhiesta, cruel garganta, collar rico,  
Para lo que le arrastra el mundo es chico.

Allí está Adán, de su gentil denuedo  
Y su noble persona envanecido,  
Con su bella mujer gozoso y ledo,  
Por el trono anhelando más subido:  
Con fácil mano toma el fruto acedo  
Al linaje por él tan mal nacido.  
Cual Dios pretende ser: ¡loca codicia!  
Quiere ser Dios, y pierde la justicia.

Allí Nembrot con bárbara pujanza  
Habla, discurre, solicita, corre,  
A sus fieros gigantes da esperanza  
De acabar contra Dios la excelsa torre:  
Procura que a su altiva confianza  
Ni la hunda el rigor, ni el mar la borre;  
Y osado, a fuerza de cocida tierra,  
Levanta al cielo y a su nombre guerra ".

Abimelec con ambición proterva  
Setenta hermanos mata, y es bastardo:  
La bordadura su crueldad conserva,  
Y áspera faz entre un celaje pardo.  
Un sólo joven de la muerte acerva  
Se escapa, y con espíritu gallardo  
Al reino de la zarza le propone,  
Y profetiza lo que Dios dispone.

Entre luz de relámpagos furiosos,  
Y nubes negras de soberbias cumbres,  
Se ven emperadores orgullosos,  
De alma feroz y bárbaras costumbres;  
Y aparecen Nabucos ambiciosos  
En asombradas hórridas vislumbres,  
Por inmortales dioses adorados,  
Y a la muerte y a vicios mil postrados ".

Sabelios, y Amos, Manes y Luterros,  
De singular espíritu regidos,  
Y otros portentos de Alemania fieros  
Los cuellos alzan por su mal erguidos:  
Profetas se predicán verdaderos,  
Y son de Christo apóstoles fingidos,  
Y aún de la santa Iglesia crudos lobos,  
Que hacen de almas simples grandes robos.



La insaciable, tenaz, vil AVARICIA,  
El vientre nunca de tragar contento,  
De oro cercada, llena de codicia,  
Abre cien bocas, tiende manos ciento:  
Con aquéllas da paz a la injusticia,  
Con éstas de su bien busca el aumento;  
De sangre de pequeños se mantiene,  
Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Esta sagaz y pérfida maestra  
Al pobre Acán, con lisonjeros ojos,  
La refulgente púrpura le muestra,  
De victoria infeliz vanos despojos:  
Para escondella sin temor le adiestra;  
Y allí, pintados los matices rojos  
Del paño fino entre la tierra parda,  
Se ven, y que ella con temblor los guarda.

Sobre llamas también de fuego blando,  
Que ardiendo, en el dibujo centellean,  
Ollas están vapores exhalando,  
Y nubes de caliente humor humean  
La carne más sabrosa codiciando,  
De Elí los torpes hijos las rodean;  
Garfios arrojan, sacrificios cogen,  
Y antes de tiempo lo mejor escogen.

Con la lición que sin justicia enseña  
La inorante maestra, mal fundada  
Del falso Acab a la hermosa dueña,  
Quita a Nabot la viña deseada:  
A su marido la palabra empeña,  
Y la palabra y fe mal empeñada  
Le cumple; mas allí la comen perros,  
Justa venganza de tan brutos yerros.

Treinta dineros que el perverso Judas  
Por la sangre de Dios alegre aceta,  
Están pintados, y con lenguas mudas  
Allí publican su maldad secreta:  
¡Oh, buen Dios! ¡Que a pagar por él acudas  
Con tu sangre, infinitamente aceta,  
Y que él te venda por tan bajo precio!  
¡Oh del hombre valor, de Dios desprecio!

Entre oscuras, opacas, negras sombras,

De invernizo rescoldo descubiertas,  
Flamencos paños, árabes alfombras  
Y arcas se ven con falsedad abiertas.  
Tú, avaricia infernal, todo lo asombras:  
Allí aparecen, de temor cubiertas,  
Manos temblando de ladrones viles,  
A la confusa luz de unos candiles.

Entre lascivos fuegos abrasada,  
Que llamas [re]bosan de alquitrán terrible,  
En la tercera parte dibujada  
Se muestra la LUJURIA incorregible:  
Su cuello altivo y faz desvergonzada,  
Su mano carnicera y vientre horrible  
Descubre, y con su torpe y sucia boca  
A la encendida juventud provoca.

Lanzas están los cielos arrojando  
De fieras lluvias, de voraces llamas,  
Do se ven fuertes hombres anegando,  
Y anegando también hermosas damas;  
Y no menos en fuegos abrasando,  
Porque los fuegos de sus torpes camas  
Ahogarse en diluvios merecieron,  
Y nefandas cenizas produjeron.

De Siquén el mal príncipe atrevido  
Por fuerza a Dina en brazos arrebató,  
Y luego, de su culpa arrepentido,  
El matrimonio con su padre trata;  
Pero el linaje de Jacob temido,  
Bravo y celoso de su honor, lo mata:  
El mozo muere al fin circuncidado,  
Y por donde pecó paga el pecado.

Cuando el Heteo capitán pelea,  
Y contra el hijo de Moab se opone,  
David lozano el corredor pasea,  
Y en Bersabé lascivos ojos pone,  
Allí se ve pintado (no se vea  
Que tal varón tan gran maldad dispone);  
Mas vese el adulterio allí pintado,  
y Urías muerto, pero bien vengado.

Que en una plaza de alevosa gente,  
Que en armas jura un príncipe heredero,

Está un labrado pabellón pendiente,  
Y en él un joven ambicioso y fiero:  
Es de oro su cabello refulgente,  
Y su rebelde corazón de acero:  
Absalón es, que con malvada fuerza  
Las concubinas de su padre fuerza.

Un sabio catedrático de prima,  
Que gozó de riquísimos haberes  
Y la ciencia nos dio de más estima  
En sagrados, eternos caracteres,  
Alza templos, imágenes sublima,  
Por complacer a bárbaras mujeres,  
Al demonio Astarot. ¿Quién tal pensara,  
Que a Astarot Salomón se arrodillara?

Una alameda de árboles frondosos  
Y ricas fuentes de marfil labradas,  
Que líquidos cristales caudalosos  
Por gargantas escupen descolladas,  
Se ve, y en ella jóvenes briosos  
Y dueñas de su vano amor prendadas,  
Que en bellos cuerpos al oscuro infierno  
Bajan, y en torpe fuego al fuego eterno.

Con arrugada frente y secos labios,  
Chispas lanzando de sus turbios ojos,  
Y de la boca vomitando agravios,  
Y con las manos prometiendo enojos,  
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,  
Guerras, victorias, armas y despojos,  
Está la IRA cruel, jayana fuerte:  
Voces da, piedras tira, sangre vierte.

Y entre siete mancebos memorables,  
Que por su justa ley la vida ofrecen,  
De Antíoco las iras espantables  
Con asombradas luces resplandecen:  
Duras obras, palabras amigables  
En odios y esperanzas aparecen;  
Pero dejan los nobles Macabeos  
De sí memoria, de su ley trofeos.

Aquí de limpias brasas mansos fuegos,  
Y allí de olio ferviente recias llamas,  
Acá de cárcel dura nudos ciegos,

Y allá de agudas puntas fieras camas:  
Mil Dioclecianos, en el alma ciegos,  
A niños tiernos y hermosas damas,  
A mozos y decrépitos presentan:  
Vence Dios, y los hombres atormentan.

El bárbaro Mahoma, en color bravo  
Y matiz pavoroso, está midiendo  
Su torpe ley, como ignorante esclavo,  
A peso de armas, a razón de estruendo:  
Lleva con guerras su furor al cabo,  
Y atropellando va, va destruyendo  
Cuanto huella su pie, su mano alcanza,  
Como si la verdad fuera su lanza.

Tú, conde Julián, aleve amigo,  
Que por vengar tu honor mal afrentado  
Fuiste azote de Dios, de un rey castigo,  
Estas allí entre moros dibujando:  
Cruda amistad al pérfido enemigo,  
De acero en contra de tu ley armado,  
Hiciste, y así en llamas infernales  
En pintura y verdad pagas tus males.

Una mujer, de incesto abominable  
Y cismática sangre concebida,  
Del reino de Bretaña miserable  
Oprime, y con rigor, la fe creída:  
Es mujer, mas en ira memorable,  
Si merece memoria la homicida  
Cruel de tantos mártires modernos,  
Dignos de resplandores siempre eternos;

Una mesa riquísima, de flores  
Y diversos manjares adornada,  
Cercando están valientes comedores,  
De gesto ufano y vida regalada:  
Preciosos vinos, árabes olores  
A la GLOTONA DUEÑA rodeada  
Tienen, que en los palacios de los reyes  
Y en las tabernas pone y quita leyes.

La ley escrita por la santa mano  
Del mismo Dios allí se notifica,  
Y al verde pie del monte soberano  
Moisés la rompe y su rigor publica:

La causa fue del pensamiento vano  
Que al rudo buey por sabio Dios predica,  
Largo banquete, mesa regalona,  
Y de dulce manjar hambre glotona.

Un gran señor a grandes caballeros,  
De diversas naciones congregados,  
En márgenes de arroyos lisonjeros  
Convites les promete nunca dados:  
Este y otros soberbios Asueros  
Allí se ven al vivo retratados,  
Que ofrecen a su vientre sacrificio,  
Como al dios torpe del goloso vicio.

Al desgraciado umbral de un rico avaro  
Lázaro el aire con sus quejas mide;  
Pero no halla de su mal reparo,  
Si bien en la demanda se comide:  
Al glotón rico y en fiereza raro,  
Solas migajas el mendigo pide,  
Y las migajas no le da que quiere:  
Rueda el pan, sobra el vino; el pobre muere.

Heliogábalo está con espumosa,  
Horrenda y sucia boca vomitando,  
Y la fuerza de Italia poderosa  
Gasta con el lascivo y torpe bando:  
Come, bebe, no duerme, no reposa,  
El vientre de manjares ahitando.  
¡Oh Rómulos valientes! ¡Numas justos!  
¿Fundóse Roma para infames gustos?

Ilustres casas, ínclitas haciendas  
Y nobles patrimonios dilatados,  
Y en peligrosas y ásperas contiendas  
A fuerza de armas y virtud ganados,  
Allí aparecen como viles prendas,  
Pobres, deshechos, rotos, disipados;  
Que desta fiera los macizos dientes  
Los desatan en vinos excelentes.

Y tú, de la magnífica Bretaña,  
Enrique, octavo rey, total ruina,  
En una selva de grandeza extraña  
Pintado estás con arte peregrina:  
Gula tercera, acidia te acompaña,

Lujuria a deshonesto amor te inclina,  
Sacrílega codicia te rodea,  
Ardiente ira en tus ojos centellea.

Sirven de rubias y tendidas hebras  
A la ENVIDIA, de aspecto formidable,  
Ensartijadas, hórridas culebras,  
Que le ciñen el cuello abominable:  
Ésta los yerros ve, mira las quiebras  
De la gente en virtudes admirable,  
Y descubre los mínimos defectos  
Que entre alabanzas mil están secretos.

A su lado Caín soberbio ofrece  
De espigas vanas desgraciado fruto  
A Dios, y el justo Abel gracia merece  
Con larga ofrenda y plácido tributo.  
Caín su bravo espíritu escandece,  
Y su faz cubre de envidioso luto:  
Mata el fiero enemigo al buen hermano;  
Que la bondad le ofende al inhumano.

Allí Saúl por desgajados riscos  
Subiendo va con ánimo furioso,  
Y en altas breñas y ásperos lentiscos  
A su yerno persigue el envidioso.  
Búscalo en valles, cércalo en apriscos,  
Cual si fuera cordero temeroso:  
El canto de las damas le atormenta,  
Y porque ellas cantaron, él lamenta.

De Roma los primeros anchos muros,  
Con envidiada sangre humedecidos,  
Y del tirano Sila mal seguros  
Se muestran, y de César oprimidos.  
Mil aves matan, hacen mil conjuros  
De la patria los padres ofendidos;  
Y engañadse, que envidia los ofende,  
Que leyes rompe, y su ambición defiende.

Vense allí cortesanos veladores  
Vivos, mirando con atentos ojos  
Por la frente el humor de los señores,  
Que ya ofrece amistad, ya causa enojos.  
Ajenos daños son propios favores,  
Y rosas de otros son dellos abrojos:

¡Oh, hija vil de la soberbia osada,  
Que te desplace el bien, y el mal te agrada!

El último lugar ocupa ociosa  
La tarde ACIDIA en regalado lecho:  
Allí entre blancas sábanas reposa,  
Puestas las manos en el tierno pecho:  
Como en el fuerte quicio espaciosa  
Puerta se vuelve, así por su provecho  
Y gusto, en soñolienta y dulce cama,  
Se mueve la dormida y gruesa dama.

Junto a su estancia, de bostezos lleno,  
Y sobre las rodillas la cabeza,  
De cuidados solícitos ajeno,  
Ni alza los pies ni el ánimo endereza  
El que su diestra no sacó del seno,  
Por no sacar del seno su pereza;  
Y de hambre murió: ved qué valiente  
Para ganar el cielo osadamente.

El otro, a quien el fuego generoso  
De caridad perfecta no abrasaba,  
Y del pecado el hielo riguroso  
El antiguo rescoldo no apagaba;  
Y a quien Dios, de su estómago celoso,  
Tibio y acedo en vómitos lanzaba,  
Está con la PEREZA allí sentado;  
Que ni encendido está ni resfriado.

Vanse los que a pasar el tiempo salen,  
Detenidos en vanos ejercicios,  
Y horas que eternidad gloriosa valen,  
Consumen sin razón, gastan en vicios;  
Y para que sus potencias se regalen  
En descansados, fáciles oficios,  
Pierden lo que pudiera darles vida  
Grande cual la de Dios, con Dios unida.

Allí también están los holgazanes  
De sangre noble, pero mal gastada,  
Que hijos son de bravos capitanes,  
Y padres son de vida regalada.  
El premio de ilustrísimos afanes  
Cogen ellos con mano delicada:  
¿Pensastes, ¡oh, varones excelentes!

Honrar a tan bastardos descendientes?.

¿Pensastes que los hechos inmortales  
Desos robustos ánimos gentiles  
Pararan en las obras desiguales  
De cuerpos enfermizos y almas viles?  
¿Ganastes bienes para tantos males?  
¿Para estas hembras fuistes varoniles?  
Sin duda os afrentaran dende el suelo,  
Si afrenta padecer pudiera el cielo.

Vosotros, con las armas peleando,  
Alcanzastes magníficos blasones,  
Y estos, con manos torpes y ocio blando,  
En vuestro deshonor cuelgan pendones:  
Vosotros, vida y sangre derramando,  
Mostrastes invencibles corazones,  
Y aquestos, en batallas deliciosas,  
Solas vitorias buscan amorosas.

Con tan grave y horrenda vestidura  
Está el gran Dios que todo el bien encierra,  
Tomando en su tragedia la figura  
De un todo pecador, postrado en tierra;  
¡Oh de inocencia clara fuente pura!  
El peso que te hace tanta guerra  
Declara al hombre, porque el hombre mire  
En ti su pena, y de tu amor se admire.

Es el pecado inestimable ofensa  
De aquella Majestad inestimable;  
A su infinita carga intolerable;  
Con la misma bondad de Dios inmensa  
Encuentra su malicia abominable;  
Pesa (¿qué pesara tal injusticia?)  
Cuanto Dios en bondad, él en malicia.

Pues si un pecado solo pesa tanto,  
De todos juntos la penosa carga  
¿Qué tanto le pasó al Cordero santo  
En la oración de aquella noche amarga?  
Pesóle al Hijo eterno de Dios cuanto  
Significar no puede historia larga;  
Que, si no fuera Dios, quedara opreso  
Del gran tormento de tan grave peso.



Carga que tanto al mismo Dios fatiga,  
¿No le fatiga al alma, no la siente?  
O no la siente el alma, o es enemiga  
De sí, pues que tal carga en sí consiente.  
A Dios oprime tanto, que le obliga  
A que bese la tierra con la frente,  
Diciendo: "Padre, Padre, si es posible,  
Pase de mí esta carga tan terrible.

"Hijo soy natural, Hijo engendrado  
De tu infinita, singular sustancia;  
Mírame como a hijo, y hijo amado,  
Que en negocio te hablo de importancia:  
El peso que en mis hombros he tomado,  
Hace a mis hombros santos repugnancia;  
Porque la santidad que es por esencia,  
No tiene con pecados conveniencia."

Así habla, y su Padre no responde,  
Aunque la ropa extraña le atormenta,  
Y su rostro suavísimo le asconde;  
Que pecador al fin se representa.  
¿Adónde huyes, Padre Eterno, adónde,  
Si de tu gloria el Hijo se alimenta?  
Mas no huye de Christo, del pecado  
Huye que en Christo ve representado.

Si del pecado la espantable sombra,  
Y la sombra no más, en un sujeto  
Que es Salvador, y pecador se nombra,  
Sin que haya en el pecado ni defeto,  
Al Padre Eterno, al mismo Dios asombra,  
Y le hace encubrir el dulce afeto  
Que tiene al Hijo, y Hijo tan querido,  
¡Ay del que está con el pecado asido!

El se levanta, pues, con tierno celo,  
Y en buscar sus discípulos entiende:  
Velos tendidos en el duro suelo,  
Durmiendo, y con amor los reprehende:  
Vuélvese a la oración con presto vuelo,  
Y en ella triste, a Dios y al hombre atiende,  
Y vuelto a la oración, gimiendo clama,  
Y arde en santa, amorosa y viva llama...

## II

### LA ORACIÓN SUBE AL CIELO (Libro II, 1-28, 131-148)

Dijo; y estas gravísimas razones  
Tomó en sus manos la virtud suave  
Que almas consagra, limpia corazones,  
Y los retretes de la gloria sabe,  
La Oración, reina ilustre de oraciones,  
Que del pecho de Dios tiene la llave;  
Y dejando el penoso oscuro suelo,  
Caminó al despejado alegre cielo.

Con prestas alas, que al ligero viento,  
Al fuego volador, al rayo agudo,  
A la voz clara, al vivo pensamiento  
Deja atrás, va rasgando el aire mudo:  
Llega al sutil y espléndido elemento  
Que al cielo sirve de fogoso escudo,  
Y como en otro ardor más abrasada,  
Rompe, sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con veloz denuedo  
Al cuerpo de los orbes rutilante;  
Que ni le pone su grandeza miedo,  
Ni le muda el bellísimo semblante;  
Que ya más de una vez con rostro ledo,  
Con frente osada y ánimo constante,  
Despreciando la más excelsa nube,  
Al tribunal subió que ahora sube.

Estaban los magníficos porteros  
De la casa a la gloria consagrada,  
Que con intelectivos pies ligeros  
Voltean la gran máquina estrellada;  
Estaban, como espíritus guerreros,  
Para guardar la celestial entrada  
Puestos a punto, y viendo que subía,  
A su consorte cada cual decía:

"¿Quién es aquesta dama religiosa  
Que de Getsemaní volando viene?  
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,  
Mas el rostro en sudor bañado tiene:  
Que beldad tan suave y amorosa

Con tan grave pasión se aflija y pene,  
Lástima causa. ¿Quién es la afligida,  
En igual grado bella y dolorida?

"Es de oro su cabeza refulgente,  
Su rubia crin los rayos del aurora,  
De lavado cristal su limpia frente,  
Su vista sol que alumbra y enamora,  
Sus mejillas abril resplandeciente;  
En sus labios la misma gracia mora:  
Callando viene, pero su garganta  
Da muestras que suspende cuando canta.

"En polvo, en sangre y en sudor teñida  
Aparece su grave vestidura:  
Como quien pies lavó, sube ceñida,  
Y humildad debe ser quien le asegura:  
Vedle, que en sancto amor está encendida,  
Y así de amor el fuego la apresura:  
¿Si es por dicha oración de algún profeta?  
Si es oración, es oración perfeta.

"Oración es; que los atentos ojos,  
Y las tendidas arqueadas cejas,  
Y lo demás que lleva por despojos,  
Son desta gran virtud señales viejas:  
Sin duda puso en tierra los hinojos,  
Y a sólo Dios pretende dar sus quejas:  
El barro de la ropa lo declara,  
Y la congoja de su pecho rara.

"Cual humo de pebete es delicada,  
De amarga mirra y de suave incienso,  
Y de la especería más preciada  
De que a Salem pagó la Arabia censo:  
Mirra fue de su sangre derramada  
La primer causa, y un dolor inmenso,  
Y destos aromáticos olores  
Ciencia, virtudes, gracia, resplandores.

"Ella dirá quién es, que ya se llega;  
Mas la oración del Verbo soberano,  
Que a dura muerte su persona entrega,  
Debe ser; que su talle es más que humano.  
Si a mis ojos su ardiente luz no ciega,  
He de besalle su divina mano:

Es la oración de Christo, eslo sin duda;  
Ábrasele la puerta, el cielo acuda."

Dijeron; y la dama generosa  
En la ciudad entró de vida eterna,  
Y aquella compañía venturosa  
La recibió con rostro y alma tierna:  
Van con ella a la casa luminosa  
Del sumo Emperador que los gobierna,  
Y su lugar le dan las dignidades  
Más altas de las nobles potestades.

Pasa de los espíritus menores  
El coro excelso y orden admirable,  
Y sube a los arcángeles mayores  
De ilustre faz, de vista venerable:  
Hácenle reverencia, da favores,  
Y atrás deja el ejército agradable  
De las virtudes, y a los potentados  
Llega, en fuerzas y gloria sublimados.

Los príncipes supremos la reciben  
Con blandos ojos, con humildes frentes,  
Y los que en señorío eterno viven  
Le postran sus coronas refulgentes:  
Los tronos, de su gran valor conciben  
Altas empresas, hechos eminentes;  
Adóranla los sabios querubines,  
Y hónranla los amantes serafines.

Al tribunal llegó del Rey sagrado,  
Del sumo Padre, que de inmensa lumbre  
Y ardiente resplandor está cercado,  
Por siempre eterna, inmemorial costumbre:  
Aunque le ve de soles rodeado,  
No teme que su vista le deslumbre,  
Y su ardimiento valeroso abona  
Saber que es oración de igual persona.

Vídola y respetóla el sacrosanto  
Padre, de santidad fuerte benigna;  
Y no es nuevo que Dios pondere tanto  
Del Verbo humano la oración divina,  
Que es de oraciones un ejemplo santo  
Y original de gracia peregrina:  
Mas antes que la escuche la entretiene;

Que dalle aplauso general conviene.

Mandó llamar a cortes celestiales,  
Y juntarse los reyes coronados  
Por su gracia, y con dones desiguales  
Perfectamente bienaventurados:  
A la voz de sus labios inmortales  
Temblaron los dos polos encontrados;  
Paróse el cielo, retumbó la tierra,  
Y el infierno temió segunda guerra.

Después de aquella singular victoria  
Contra Luzbel y su cuadrilla fiera,  
Dicen (pero no es fama transitoria,  
Sino eterna, infalible y verdadera)  
Que varias sillas de distinta gloria  
A la milicia de ángeles guerrera  
Y vitoriosa señaló, en diverso  
Lugar, el Hacedor del universo.

Llamados, pues, con voces resonantes  
Que en todo el grande cielo se escucharon,  
Los que habitan el Norte y Sur distantes  
Al punto en el alcázar se hallaron;  
Y aquellos que las plazas rutilantes  
Pisan del alba roja, se aprestaron,  
Y vinieron también los que el Poniente  
Hacen con clara luz ilustre Oriente.

Los que presiden a los graves reyes,  
Y blandas condiciones les inspiran;  
Los que ponen al mar y quitan leyes,  
Y siempre firmes sus mudanzas miran;  
Los que gobiernan religiosas greyes,  
Y dulce paz con manso asiento aspiran,  
Sin dejar sus oficios acudieron,  
Y sin pasar por medio allí estuvieron.

Mas ¡oh, tú, Gracia eterna, sabia musa,  
Que por el cristalino empíreo cielo  
Con vivo resplandor estás difusa  
En sacras mentes de glorioso celo!  
Porque es mi alma en distinguir confusa  
Aún concetos vivísimos del suelo,  
Tú ilustra y purifica mis sentidos  
Con verbos nobles de tu luz vestidos".

De los grandes palacios inmortales  
Donde vive el Señor de los señores,  
Píntame las maravillas celestiales,  
Las anchas puertas y altos corredores;  
Y aquellas salas con verdad reales  
En materia y en arte y en labores,  
Y lo que estaba dibujado en ellas  
Con rayos de oro y esplendor de estrellas.

El sumo alcázar para Dios fundado,  
Sobre este mundo temporal se encumbra;  
Su muro es de diamante jaspeado,  
Que sol parece y más que sol relumbra:  
Está de doce puertas rodeado,  
Que con luz nueva cada cual alumbra,  
Y la más fuerte y despejada vista  
No es posible que a tanto ardor resista.

Los doce tribus de Jacob valientes  
Están en los umbrales sobrecritos,  
Y en las basas de mármoles lucientes  
Doce maestros de cristianos ritos:  
La materia es de piedras excelentes,  
Y de oro corruscante los escritos:  
Ninguna puerta con rigor se cierra,  
Porque no hay noche ni se teme guerra.

Deste rico metal, cual vidrio puro,  
Es la hermosa plaza cristalina,  
Y el ancho suelo, como el alto muro,  
De ardiente claridad y luz divina:  
Por ella un río de cristal, seguro  
De ofensa vil, con blanco pie camina;  
En urna va de perlas murmurando,  
Y el margen de oro líquido esmaltando.

A la ribera de este ameno río  
Está luciendo el árbol de la vida  
Con grave copa y descollado brío,  
Que con su olor a eterna edad convida:  
Fruta da que jamás dará hastío,  
Que es fruta cada mes recién nacida;  
El es de oro y sus hojas de esmeraldas,  
Y hacen dellas los ángeles guirnaldas.

Luego sobre estas aguas caudalosas  
Están lindos y alegres corredores,  
Y galerías de marfil preciosas,  
Bañadas en suaves resplandores,  
Divisan dende allí todas las cosas  
Aquellos celestiales moradores,  
Y lastímales vernos fatigados  
En pequeños y míseros cuidados.

La sala del Artífice superno  
Que esta soberbia máquina compuso,  
Es de un fino rubí de ardor eterno,  
Que en cuadro y forma cóncava dispuso:  
De aquí ejercita el general gobierno,  
En que dulzura y eficacia puso:  
Es la piedra labrada en varios modos,  
Y de ciento y cuarenta y cuatro codos.

Por una y otra parte dibujadas  
En ella están las ínclitas victorias  
Del mundo antiguamente celebradas,  
Por siempre dignas de felices glorias;  
Y aún se conservan hoy depositadas  
En cristianas altísimas memorias,  
Por su gran prez y su valor ilustre,  
Que honra dieron a Dios, y al hombre lustre

.....

“Ve, Gabriel, a mi Hijo, y con razones  
vivas a la batalla le conforta:  
Declárale mis graves intenciones,  
Y a seguillas con ánimo le exhorta.  
Y tú, espejo de santas oraciones,  
Vete; que tu despacho al mundo importa”.  
Dijo; y de sus concetos un abismo  
Y un mar de gloria les mostró en sí mismo.

La sagrada cabeza y alma pía  
Inclinó la Oración devotamente,  
Y aquella soberana compañía  
Le hizo aplauso con humilde frente.  
El sabio mensajero la seguía,  
Y a entrambos el ejército luciente  
Del seráfico reino acompañaba,  
Y con ilustre pompa veneraba.

Yendo por la ribera deleitosa  
Do está plantado el árbol de la vida,  
A la Oración con gracia religiosa  
Hizo una reverencia comedida:  
También con murmurante lengua ondosa  
El arroyo de plata derretida  
Música le entonó de voz suave;  
Que cual río de gloria cantar sabe.

Los muros sus coronas almenadas  
Rindieron a los dos legados bellos,  
Y humillaron las puertas encumbradas  
A su presencia los empíreos cuellos:  
Abriéronse, de inmensa luz tocadas,  
Y escurecidas con la lumbre dellos,  
Y despedidos con amor, dejaron  
El cielo, y a la tierra caminaron.

Mas Gabriel del aire refulgente  
De la región más pura un cuerpo hace,  
Y cércalo de luz resplandeciente,  
Que las tinieblas y el horror deshace:  
Cuerpo humano de un joven excelente,  
Gallardo y lindo que a la vista aplace;  
Mas bañada su angélica belleza  
En una grave y señoril tristeza.

Lleva el rojo cabello ensortijado  
Del oro fino que el Oriente cría,  
Y en mil hermosas vueltas encrespado,  
Que cada cual relámpagos envía:  
De un pedazo del iris coronado,  
Del iris, que con fresco humor rocía  
El verde valle y la florida cumbre,  
Cuando entre nieblas da templada lumbre.

La vergonzosa grana resplandece  
En las mejillas de su rostro amable;  
Y aljófár de turbada luz parece  
El sudor de su frente venerable:  
Aspecto de un legado triste ofrece,  
Que hace su hermosura más notable,  
Cual invernizo sol en parda nube  
Opuesta al tiempo, que al Oriente sube.



Prestas alas de plumas aparentes,  
De color vario y elegante forma,  
Y de vistosas piedras relucientes  
Puestas a trechos, en sus hombros forma.  
Con la grave embajada convenientes  
Ojos, y traje y parecer conforma:  
Es morado el vestido rozagante,  
Y lagrimoso el juvenil semblante.

Cual de arco tieso bárbara saeta  
Arrojada con ímpetu valiente;  
Cual apacible, cándida cometa,  
Que el aire rasga imperceptiblemente,  
Cual sabio entendimiento que decreta  
Lo que a su vista clara está evidente;  
Así, pero no así, con mayor vuelo  
Baja el sagrado embajador del cielo.

Ala no mueve, pluma no menea,  
Y las espaldas de las nubes hiende;  
Seguille el viento volador desea,  
Y en vano el imposible curso emprende:  
Déjale de seguir, la vista emplea,  
Y a celebrar su ligereza atiende;  
Y acierta en conceder justa alabanza  
A quien con fuerzas y valor no alcanza.

Cala de arriba el mensajero santo,  
Y llega al verde y religioso monte  
Adonde está el Cordero sacrosanto,  
Y sordo y mudo mira el horizonte:  
Paró su luz con improviso espanto  
Más tarde el rubio padre de Faetonte  
A la oración del capitán hebreo,  
Que a la de Christo el celestial correo.

El aire ve de pavorosa niebla  
Y de sombra confusa rodeado;  
Opaca, triste y hórrida tiniebla  
Lo tiene de ancha oscuridad cercado:  
De asombro y miedo, y de terror se puebla  
El huerto, ya de espinas coronado:  
Detiéndose Gabriel, y atento escucha  
Y mira a Dios, que con la muerte lucha.

Del cielo puro el cristalino aspecto,

Del espantado arroyo el lento paso,  
Del aire mudo el proceder secreto,  
Y del manso favorío el soplo escaso,  
De aves y fieras el callar discreto,  
Y de ver triste a Dios el grave caso,  
Como caso tan grave comprende,  
Las plumas y la lengua le suspende.

Apenas hubo por su bien nacido  
El ángel, cuando en el tercer instante  
Gloriosa la divina esencia vido  
Con luz que siempre le será constante;  
Pues el que a Dios sin velo ha conocido,  
Y en Él, como un clarísimo diamante  
Y espejo vivo, su valor inmenso,  
¿No quedará de verle tal suspenso?

Ve al Rey de reyes, Dios omnipotente,  
Que en sí mismo los orbes fundado,  
Y a la suprema intelectual gente,  
Hollando estrellas santas, ha criado:  
Velo aquí por el hombre inobediente  
Sobre la tierra con dolor postrado,  
Y como quien es Dios y el hombre sabe,  
En el cuerpo fingido apenas cabe.

Ve a Dios, a Dios, de quien se maravillan  
Los coros de las nueve dignidades,  
Y a quien sus cuellos con razón humillan  
Las soberbias, terrestres majestades:  
Y a cuya voz temblando se arrodillan  
Del infierno las fieras potestades:  
A Dios postrado ve: ¿qué no hiciera  
Quien conoce a Dios bien, si así le viera?

Si no se admira el hombre miserable,  
Es que no alcanza su mortal rudeza  
La unión de los extremos admirable  
Que el ángel ve con viva sutileza:  
Unión del mismo Dios inestimable  
Con la tierra y el polvo y la bajeza,  
De conocer a Dios y al polvo pende,  
Y así, quien no se admira no la entiende.

Levanta, hombre, la vista; al cielo mira,  
Y mira esa estrellada pesadumbre;

Y si tan grande fábrica te admira,  
El Hacedor te admire de su lumbré:  
Vuelve a la tierra, mírala y suspira,  
Y suspirando, alcanza una vislumbre  
De quien es Dios y tierra, y veras luego  
Que el ángel mira bien, y tú estás ciego.

### III

#### EL CONCILIO INFERNAL

(Libro IV, 1-51)

Mas Lucifer en el tartáreo abismo  
De horror poblado y de tinieblas lleno,  
Donde habita el confuso barbarismo  
De verdad falto y de virtud ajeno,  
Manda llamar y llama por sí mismo,  
Con voz terrible de espantoso trueno,  
A nuevas grandes generales cortes  
El osado escuadrón de sus consortes.

Sonó la voz y retumbó en las hondas  
Y ardientes cuevas del opaco infierno,  
Y del Leteo las turbadas hondas  
Movimiento sintieron casi eterno,  
Vueltas haciendo en huracán redondas,  
Con que perdió espantado su gobierno  
Y timón el solícito Caronte:  
Tal temor puso en todo su horizonte.

Estaba el rey feroz del caos horrendo  
En una grave y peligrosa duda:  
Quiere pedir consejo al estupendo  
Senado, que si elige, no se muda:  
El mal suyo, y del hombre el bien temiendo,  
Ríos de fuego y piedrazufre suda;  
Y es que no alcanza con su ingenio oscuro  
Si Cristo es hombre y Dios, o es hombre puro.

Y como de saberlo con certeza  
Tanto depende el peso de su estado,  
A nuevas cortes junta con presteza  
Los grandes de su reino condenado:  
El muestra bien su indómita fiereza,

De asombros y tinieblas rodeado,  
Sobre un trono de llamas espantable,  
Que humo arroja y miedo perdurable.

Una corona de encendido acero  
Ciñe su negra y obstinada frente,  
Y el cetro, insignia de su mando fiero,  
Rige y sacude con despecho ardiente;  
Orgullosa y feroz, bravo y severo,  
La tropa aguarda de su horrible gente  
En la cueva de sierpes ponzoñosas  
Ornan suelo y paredes espantosas.

No así el Vesuvio monte, reventando,  
De espesa humareda cubrió el cielo,  
Parda ceniza y fuego vomitando  
De la Compañía en el tendido suelo;  
Ni así hediondas llamas regoldando  
Está el hueco abrasado Mongibelo,  
Como por boca y ojos el rey fuerte  
Del crudo imperio de la eterna muerte.

Al son, pues, ronco de la estigia trompa,  
De varias partes del etéreo mundo,  
Con fingido aparato y falsa pompa  
Vienen los grandes dioses del profundo:  
No es menester que tierra o mar se rompa  
Para que baje el golpe furibundo  
De los que afligen cuerpos, y almas ciegan;  
Que sin pasar por medio, al punto llegán.

Entran, y cada cual sobre la escama  
Menuda y tiesa de un dragón se asienta,  
Y cércalo en redondo escura llama,  
De que el dragón se ciñe y se alimenta:  
¡Ohde aquel reino abrasadora cama!  
Esos feroces prende y atormenta,  
Porque no suban a espirar volcanes  
En tierra, y en el Ponto huracanes.

Mas, tú, gran sol, de cuya inmensa lumbre  
Estos cobardes monstruos asombrados  
Huyendo van, dende tu santa cumbre  
Me recuerda sus nombres ya olvidados:  
Bajó, de la soberbia pesadumbre  
De los Quirinos templos elevados,

El demonio, que a Júpiter fingía  
Sumo rey de la antigua idolatría.

Un rayo agudo en su vibrante mano  
Trujo blandiendo centelloso y fiero,  
Cual si fuera del Polo soberano  
Príncipe natural, Dios verdadero:  
Vino también el ángel inhumano  
Que a las batallas presidió severo,  
Y del marcial estruendo tomó el nombre,  
Y, engañando, espantó furioso al hombre.

De Behemot la piel impenetrable  
Llevaba por horrisona armadura,  
Y el mástil de un bajel incontrastable  
Era su lanza, de eminente altura.  
Y del ara de Delfos memorable  
Llegó Apolo con roja vestidura,  
Y entre fuego que rayos parecía,  
Como sol del infierno, así lucía.

Carro fingió de sierpes enroscadas  
De ahumado alquitrán y llama oscura,  
Cuyos silbos las gentes engañadas  
Juzgaron por suavísimas dulzura.  
¡Oh fábulas de locos inventadas!  
¡Bendito el que encerró vuestra locura  
En las hondas tinieblas del abismo,  
Y la verdad fundó del Christianismo!

Otro que al melancólico Saturno,  
Mintiendo ancianidad, representaba,  
Llegó al palacio de su rey nocturno,  
Con ceño enojadizo y frente brava:  
Este, huyendo el resplandor diurno,  
Del alegre comercio se apartaba  
Rabioso, apasionado, vengativo,  
Triste demonio, espíritu nocivo.

Y el que adorado en la radiante estrella,  
Segunda luna del hermoso cielo  
Como diosa de amor lasciva y bella,  
Dejó de Chipre el ancho y verde suelo;  
Este inspira el favor y la querella,  
El gozo y la tristeza y el recelo,  
El bien y el mal de esos amantes viles

En que no se engañaron los gentiles.

Y el que imitó y fingió envidiosamente  
De la deidad eterna el limpio culto,  
Y quiso adoración de casta gente,  
Teniendo el vicio en la virtud oculto,  
Cual diosa de las vírgenes clemente,  
De Diana tomó el triforme bulto,  
Y entró rayando, entre nublados gruesos  
De negra luz, relámpagos espesos.

También el diligente mensajero  
Que falso padre fue de la elocuencia,  
Alado en pies, estuvo allí ligero,  
Pretendiendo mostrar su antigua deuda;  
Espíritu en los sueños lisonjero,  
Gran pintor de fantástica apariencia,  
Y fingidor de nuevas mentiroso,  
Que el sosiego cortaban más sabroso.

Y el Apis bruto del brutal Egipto,  
En figura de vaca celebrado,  
Vino, y el otro número infinito  
En yerbas y legumbres adorado.  
¡Oh, loca tierra! ¡Oh, bárbaro distrito,  
Adonde tanto dios produce el prado  
Siendo Dios por esencia un acto puro,  
De nacer libre y de morir seguro!

Y el demonio Astarot, a quien el sabio,  
Perdido el claro, juvenil juicio,  
Con deshonesto pecho y torpe labio  
Ofreció enamorado sacrificio,  
Llegó haciendo a la verdad agravio,  
Glorioso del sacrílego servido  
Que recibió de un rey tan excelente,  
Discreto mozo, y viejo ya imprudente.

Y el otro vil que presidió al becerro  
Por Dios tenido y en crisol forjado,  
Efeto pertinaz del loco yerro  
Del pueblo de Israel desatinado,  
El oro antiguo convertido en hierro,  
Y de buey el aspeto conservado,  
Bajó, dando bramidos pavorosos,  
Con los dos de Samaria fabulosos.

Ni los dioses en Méjico temidos  
De aqueste horrendo cónclave faltaron,  
De humana sangre bárbara teñidos,  
En que siempre sedientos se empaparon;  
Ni del Pirú los ídolos fingidos,  
Que en lucientes culebras se mostraron;  
Ni Eponamón, indómito guerrero,  
Mavorte altivo del Arauco fiero.

Juntos ya todos en la oscura sala,  
Ni bien puestos en pie, ni bien sentados  
(Que orden no sigue aquella tierra mala  
Del afligido rey de atormentados,  
Porque la pena a su soberbia iguala,  
Y confusión es pena de pecados),  
Juntos batió Luzbel sus grandes cuernos,  
En concetos así hablando internos:

"Bravo ejército de ángeles briosos,  
Que fuistes en el cielo producidos,  
Aunque, por ser de vuestro honor celosos,  
Estáis en hielo y llamas sumergidos:  
Si os acordáis de aquellos dos dichosos  
Instantes en que fuimos detenidos  
En la empírea región de luz perfecta,  
No os puede ser mi plática secreta.

"Ya sabéis que, cual nobles cortesanos,  
De su oficina amando a Dios salimos;  
Mas púsonos precetos inhumanos  
En el segundo instante que nos vimos:  
Mandónos que, rendido cuello y manos,  
Que para nuestra gloria recibimos,  
A la tierra adorásemos, unida  
A su persona, y de mujer nacida.

"Y que la humanidad poco estimable  
De no sé qué Hombre Dios y mortal hombre,  
Fuese nuestra cabeza venerable,  
Y el de nuestro Señor tuviese nombre:  
Juzgamos, pues, por cosa intolerable  
Dar a la tierra tan feliz renombre,  
Y resistimos, ángeles osados,  
A sus bajos intentos mal fundados.

"Tuvimos con Miguel trabada guerra,  
Y con otros espíritus cobardes  
Que infames adoraron esa tierra  
Haciendo de humildad viles alardes:  
Esta ilustre hazaña nos destierra  
A estas eternas tenebrosas tardes,  
Siendo lucientes hijos del aurora  
Que en nuestra excelsa patria siempre mora.

"Aquí bajamos, pero aquí muriendo,  
Por sus dioses el mundo nos respeta,  
Mas ¡oh que por mi daño estoy temiendo  
Alguna traza de ese Dios secreta!  
Oigo un confuso y nuevo y grande estruendo  
De un milagroso y singular Profeta;  
Y he imaginado, si es el polvo unido  
Al Verbo, de la tierra ya nacido.

"Y si lo fuese, ¿qué dolor sería  
Mirar al enemigo Dios pujante,  
Y nosotros perder la monarquía  
Del mundo, a la del cielo semejante?  
Mas dejemos el mal que nos vendría,  
Y en el caso pasemos adelante,  
Y sepamos si el Hijo es encarnado  
Que allá por Dios nos fue representado.

"Y parece que sí, porque él me vino  
A hablar cuando tuve en la serpiente  
Vencido al hombre, y con furor divino  
Me maldijo enojosa y bravamente,  
Diciendo: -Un parto nuevo y peregrino  
De mujer quebrará tu altiva frente,  
Y pondré enemistades perdurables  
Entre él y tus consejos deleznable.

"¿Quién, pues, como Jesús ha procurado  
Nuestras hazañas disipar grandiosas?  
Y ¿quién con tantas veras ha mostrado  
Armas contra los vicios poderosas?  
¿Quién como este Jesús ha declarado  
Artes de perfecciona tan rigurosas?  
Y es parto de mujer, de Adán es hijo:  
Temo ser este, de quien Dios me dijo.

"También me acuerdo que al anciano abuelo



De Jacob prometió por grandes dones  
Un hijo ilustre, en cuyo santo celo  
Benditas fuesen todas las naciones;  
Que es el Verbo inmortal, de quien recelo  
Que ha de sacar las almas de prisiones;  
Y entiendo que ha de ser este Profeta,  
Por su gran vida y santidad perfeta.

"Pecado venial no se le ha visto,  
Imperfección en él jamás parece,  
Tal ha de ser en excelencias Cristo,  
Cual aqueste en virtudes resplandece:  
Así lo juzgo, y pésame y resisto;  
Mas no puedo vencerme; que me ofrece  
Mi entendimiento mil razones vivas,  
Con que ardo en llamas de furor esquivas.

"También de virgen ha de ser nacido  
El Hombre Dios que ha de salvar al hombre;  
Y su Madre cual virgen ha vivido  
Con pura castidad y santo nombre.  
Si no decid: ¿quién de nosotros vido?  
(¡Oh gran dolor! el más sutil se asombra),  
¿Quién vido en ella sombra o seña oscura  
De alma liviana o voluntad impura?

"Yo con temor de aquesto la he mirado,  
Siempre a sus pasos y a su vida atento,  
Y en ella ni sospechas he hallado  
Por donde divertir mi pensamiento;  
Aunque no puede ser averiguado  
Con patente y legítimo argumento,  
Pues fue casada con Josef, su esposo;  
Mas él era también casto y celoso.

"Dejo al fin estas y otras conjeturas,  
Y vengo a la razón más invencible  
(Que no entendemos bien las escrituras,  
Si bien temblamos de su voz terrible)  
A discursos y trazas voy seguras,  
Y supongo, cual es cosa infalible,  
Que se compone el hombre con certeza  
De la persona y la naturaleza;

"Y que nosotros con verdad sabemos  
Cuanto Dios en el mundo ha producido,

Por las especies claras que tenemos,  
Y él mismo con su luz nos ha infundido:  
Si es gente natural, lo conocemos,  
Y esnos secreto sólo y escondido  
El sobrenatural y soberano;  
Con esto mi discurso está en la mano.

"Vemos, pues, en Jesús distintamente  
Su humanidad de bienes adornada;  
Mas nunca su persona está patente  
A nuestro ingenio y vista delicada:  
Luego aquesta persona es eminente  
A cualquiera persona ya criada,  
O nos la oculta Dios por gran misterio,  
Y todo en mal de nuestro sacro imperio.

"Si es persona de Dios, es la persona  
De aquel divino Verbo carne hecho:  
Sí, que su grande santidad le abona,  
Y su noble y excelso y fuerte pecho;  
Si él es, él hollará nuestra corona,  
Y deshará nuestro infernal derecho;  
Y no seremos dioses adorados,  
Sino tristes demonios conjurados.

"Muéveme esta razón, y otra me espanta;  
Y es decir el que es hombre y Dios perfeto,  
Y confirmar con muchedumbre tanta  
De milagros aqueste gran secreto:  
Él lo dice, y el mundo se lo canta.  
¡Ah! presto el mundo le estará sujeto;  
Que los milagros son de Dios la firma,  
Y falsedad con ellos no se firma.

"Y aquestas hace ilustres maravillas,  
No cual hombre santísimo rogando;  
Mas con palabras puras y sencillas,  
Con sumo imperio, como Dios, mandando;  
Y de nuestras humanas pobres sillas,  
Do estamos en segura paz reinando,  
Nos echa altiva y desgraciadamente,  
Cual si fuéramos vil terrena gente.

"Juntándolo, pues, todo, he colegido  
Que debe ser el hombre y Dios terrible  
Que para nuestro daño ha descendido

De aquella etérea luz inaccesible:  
Muchas veces a aquel me ha parecido,  
Y si él es, nuestro mal es infalible.  
Decidme que sentís, dad vuestros votos,  
¡Oh, sabios!, dende el cielo a mí devotos."

Así habló con su ahumada boca  
El crudo rey del asombrado averno;  
Y como a cada cual el daño toca,  
Rebosa cada cual su enojo interno:  
El senado a blasfemias se provoca,  
Roncos matines del confuso infierno,  
Y éste y aquél el bravo ingenio informa  
Del fiero Lucifer, en esta forma.

Uno las tentaciones del desierto  
Y el nuevo largo ayuno le declara,  
Y que de ello entendió por caso cierto  
Ser Cristo en santidad persona rara;  
Otro, el mandar con ánimo despierto,  
Y con real semblante y fuerza clara,  
Y voz sublime, al mar que se aplacase,  
Y al fuerte vendaval que se amansase.

Otro, lo que una vez (que no quisiera)  
Oyó al supremo Apóstol, cuando dijo  
Con pura confesión de fe sincera:  
"Protesto que de Dios eres el Hijo."  
Y otro, que a la infrutífera higuera  
Con la fuerza secó que la maldijo;  
Y otros, otras mil cosas admirables  
Contaron de sus obras memorables.

Oyólo todo con feroz denuedo  
El enemigo del linaje humano,  
Y de todo quedó con grande miedo  
De que era Cristo el Verbo soberano;  
Y de asquerosa llama y humo acedo  
Por el hondo volcán del pecho insano  
Vomitó ríos, que otra vez bastaran  
A Sodoma quemar, si en ella entraran.

"Y ahora, pues, dijo, yo me determino  
De saberlo mejor. Id luego todos,  
Y notad si es humano o si es divino  
Por estos nuevos y exquisitos modos:

Si del trono de Dios excelso vino  
Al cieno vil de esos terrestres lodos,  
Probado con deshonra y con violencia  
Particular y atroz, tendrá paciencia;

"Que el orar y ayunar es fácil cosa,  
Y el enseñar al mundo es arte honrada,  
Y el rigor de una vida trabajosa  
No es prueba cierta de virtud fundada:  
El sufrir una injuria vergonzosa  
Con rostro amigo y frente sosegada,  
Y padecer por Dios grandes tormentos,  
Es muestra en la virtud de altos cimientos.

"Id, pues, y por caminos diferentes  
Le procurad afrentas nunca vistas,  
Graves mofas, oprobios indecentes,  
Duras batallas, ásperas conquistas:  
Juntad soberbios pechos, insolentes  
Manos, y almas guerreras y malquistas,  
Y denle horribles íntimas pasiones  
Ángeles y hombres, tigres y leones.

"Id presto, furias del Estigio lago,  
Id, del reino feroz bravas quimeras,  
Dadle de su intención el justo pago  
Con duras obras y palabras fieras:  
Id y haced un riguroso estrago  
¡Oh tropas de mi ejército ligeras!  
En príncipes, escribas, fariseos,  
En griegos, en romanos, en hebreos.

"A los unos envidia mordedora,  
Y a los otros soplad soberbia altiva,  
Y al vulgo adulador que en Salen mora,  
Lisonja infame y abjeción nociva".  
Al punto aquella horrífica y traidora  
Escuadra, de la cárcel vengativa  
Salió, a hacer a Dios y al hombre guerra,  
Formando un vivo infierno acá en la tierra.

El aire con asombros ofuscaron,  
De fantasmas la poca luz cubrieron,  
Con mentiras las almas perturbaron,  
De engaños los espíritus hincheron,  
Entre la ruda plebe se mezclaron,

Y en la gente más noble se ingirieron:  
¡Ved qué hará turba apasionada,  
De tales vientos contra Dios soplada!.

Mas ¡oh, tú, resplendor maravilloso,  
Del Padre de las lumbres soberano,  
Sobre quien vino el ímpetu furioso  
Del ejército de ángeles profano!  
Un sentimiento y corazón piadoso  
Me comunica de tu propia mano,  
Para que sienta y diga, llore y hable  
El rigor de tus penas inefable...

#### IV

#### EL ARCANGEL GABRIEL RELATA A LA VIRGEN, EN FORMA DE PROFECÍA, EL DESCENDIMIENTO AL INFIERNO Y LA RESURRECCIÓN

(Libro VI, 12-61)

Dijo; y en los suspiros vehementes  
Las lágrimas volaron hasta el cielo,  
Y en suspiros y lágrimas ardientes  
Subieron sus palabras sin recelo,  
Y a todo los afetos convenientes,  
Y de todo el ansioso y presto vuelo;  
Y cuanto hizo y pronunció María  
Fue para Dios suave melodía.

Oyendo, pues, el Padre de la gloria  
Su Uanto y oracion duice y atento,  
Llama a Gabriel y hacele notoria  
Su mente inescrutable en un momento:  
Infórmale con ella la memoria,  
Y luz divina de su grave intento  
Le da, y le dice: "Ve a la Virgen pura,  
Y dile, y de mi parte la asegura,

"Que si bien morirá su Hijo amado,  
Cual hombre, en una cruz, horrible muerte,  
Presto será por mí resucitado  
Y subido a feliz y eterna suerte;  
Y dende allí gobernará sentado  
Su imperio ilustre, poderoso y fuerte:

Ve, y díselo." Calló, y mostróle al punto  
Todo su intento en sí explicado y junto.

Poetra Gabriel de su inmortal corona  
El oro fino y piedras rutilantes;  
Humilla al sumo Padre su persona;  
Deja su asiento de orlas radiantes:  
Del cielo baja, el aire perficiona,  
Y labra dél sus alas importantes;  
Joven se muestra y forma lindo aspeto,  
Mas a tristeza y a dolor sujeto.

El hermoso cabello al hombro suelto  
Echa, y despide inmensos rayos de oro,  
Y con grave y gentil desdén revuelto,  
Cortés guarda al oficio su decoro:  
Color rosado y amarillo, envuelto  
Con el de su beldad rico tesoro,  
Tiñen el rostro, a quien la blanca nieve  
Aún imitar, vencida, no se atreve.

La ropa de los varios arreboles  
Que a la mañana visten el Oriente,  
Y parecen oscuros tornasoles,  
Hizo a su pena y gloria conveniente;  
Y las alas pintó de muchos soles  
Puestos en el dibujo al Occidente,  
Que tristeza notaban; mas decían,  
No sé cómo, que presto nacerían.

Cual cisne alegre en dulce primavera,  
Que, descubriendo el vado deleitoso,  
Las frescas aguas y gentil ribera  
Del templado Caistro caudaloso,  
Levanta el cuello, bate la ligera  
Blanca pluma con vuelo presuroso,  
Y el mismo su tardanza reprehende  
Hasta llegar al puesto que pretende;

O cual en sesgo mar la nave alada  
Que con la prora el manso puerto mira,  
Del animoso céfiro soplada  
Que a sus espaldas fresco aliento espira,  
El cristal hiende, rompe la argentada  
Ventosa espuma por do el mar suspira,  
Y aun a la misma rápida presteza

Juzga por floja y tarda y vil pereza;

Rasgo del aire la region mas pura,  
Paso la helada con gentil denuedo,  
Y a la tercera dio su hermosura,  
En apariencia triste, en verdad ledo:  
Suspendió luego en la montaña oscura,  
Que vido al hombre y Dios con pena y miedo,  
El largo vuelo, y contempló en su mente  
Aquel sudor de Christo vehemente.

Y adoró las reliquias sacrosantas,  
Y de sangre de Dios tenido el suelo,  
Y veneró las huellas de sus plantas,  
Y otra vez comenzó su limpio vuelo;  
Y a la ciudad llegó que fue de santas  
Almas antiguamente rico cielo,  
Y do la Virgen puesta de rodillas  
Estaba, y llenas de agua las mejillas.

Cual finas perlas sobre ardiente grana  
Esparcidas a trechos con destreza,  
Y como de la cándida mañana  
El rocío en la flor de más belleza;  
Así vido en la Reina soberana  
De la maternidad y la pureza,  
El ángel las mejillas milagrosas  
Bañadas de sus lágrimas hermosas.

Humilde puso en tierra los hinojos,  
Tierno pidió para hablar licencia;  
Como afligido se limpió los ojos,  
Y los labios abrió con reverencia:  
"Cesen, ¡oh, Virgen madre!, tus enojos,  
De dolor llena, y llena de paciencia,  
Que el Padre Eterno y dulce a ti me envía,  
Dijo, ¡oh bella y santísima María!

"Al bien del mundo y a tu gozo atiende;  
Salvar a aquel, y a ti consuelo darte,  
Cual Dios y Padre universal pretende;  
Que es Padre en todo y Dios en cualquier parte:  
En la corona de la gloria entiende,  
Como en mayor riqueza, mejorarte;  
Mas has de batallar por la vitoria  
Que alcanza la corona de la gloria.

"Esfuézate a sufrir del Hijo amado  
La pasión dura, la afrentosa muerte;  
Que así lo tiene Dios predestinado,  
Y no puede trazarse de otra suerte;  
Pero si bien está determinado  
Que muera cual varón piadoso y fuerte,  
También que resucite en paz gloriosa  
Está en la mente sacra y poderosa.

"Y el modo ilustre con que Dios procura  
Que esto se haga, referirte quiero,  
Porque estés, en oyéndolo, segura,  
Aunque la fe te lo enseñó primero:  
Apenas romperá la muerte dura  
Hoy de la humanidad el hilo entero,  
No partiendo la unión más que admirable  
De Dios al cuerpo y alma venerable;

"Cuando, el cuerpo quedándose en la tierra,  
El alma baje al limbo vencedora,  
Y al crudo infierno de piadosa guerra  
En pacífico punto y feliz ora.  
¡Oh, cuánto bien esta bajada encierra!  
Pintarla importa por extenso ahora,  
Porque un rato la maquina suspendas  
De tu dolor, mientras su gloria entiendas.

"Bajará, pues, el ánima triunfante  
Por la victoria de la cruz gozosa,  
Y como un sol de gracia rutilante  
Bañará el centro de la noche odiosa;  
Y quebrará las puertas de diamante,  
Y espantará a la gente pavorosa,  
Que funda su ciudad en los horrores  
De atormentados y atormentadores.

"Y cual rompe la nube el rayo ardiente,  
Y rasga y luce las tinieblas hondas  
Con la improvisa llama refulgente  
Que ardiendo finge tremolantes ondas,  
Y arma y viste su furia vehemente  
Mas con lumbres tendidas y redondas  
Que le rodean; con mayor espanto  
El infierno abrirá tu Hijo santo.



"Así saldrán a ver espavoridos  
Quién es el nuevo que a su cárcel llega,  
Aquellos escuadrones atrevidos,  
A quién obstinación y asombro ciega;  
Mas con lucientes rayos, esparcidos  
En torno, acabará la gran refriega,  
El vencedor con obras respondiendo  
A lo que así estarán ellos diciendo.

"¿Quién es aqueste bravo que se atreve  
A romper nuestras fuertes cerraduras,  
Y generosos resplandores lleve  
En las tinieblas para siempre oscuras?  
¡Que tanto un hombre muerto en cruz se eleve,  
Que no le espanten las mazmorras duras  
De nuestro reino atroz! Si es hombre solo,  
No acertó, hizo mal, perdióse, errólo.

"Y si es Dios, de su gloria eterna goce,  
No baje acá, no luzca, no nos vea;  
Su bienaventuranza se reboce,  
Pues aun con ella nuestro mal desea.  
Pero si es hombre y Dios, y hombres conoce,  
¿Para qué se vistió de su librea,  
Y morir quiso en cruz para engañarnos  
Y de nuestros cautivos despojarnos?

"Esto murmurarán las arrogantes  
Y fieras tropas contra Dios unidas;  
Pero a sus armas y obras importantes  
Y a sus pies luego se verán rendidas;  
Y él, ceñido de ejércitos pujantes  
En virtud, y en escuadras bien regidas  
De ángeles santos, con glorioso estruendo  
Al limbo llegará resplandeciendo.

"Paréceme que veo, Reina cara,  
Llenarse aquel lugar de inmensa lumbré  
A la presencia de tu Hijo clara,  
Y dulce por su afable mansedumbre;  
Mayor que si el planeta la causara  
Que dora con su luz cuarta cumbre,  
Y con ella mirando al Rey de gloria,  
Ver en ella los santos su victoria.

"Y que Adán viene cual su siervo y padre,

Y Eva también con dulces alegrías,  
A ti alabando su dichosa madre,  
Y recibiendo de él los buenos días;  
Y porque su contento más le cuadre,  
Entre sí con suavísimas porfías  
Disputando por ser primero en verle  
Cada cual, pues lo fue para ofenderle.

"Y que le dicen regaladamente:  
-¡Oh, eterno bien del mal irremediable!  
Y culpa ya feliz y conveniente,  
Pues tuvo Redentor tan saludable.  
¡Oh, bien del mundo, y padre de la gente

Por nos puesta en estado miserable,  
Y ya por ti linaje esclarecido,  
Seas, cual te gozamos, bien venido!

"Y que los pobladores de la tierra  
En el primer diluvio de las almas,  
Y los que en el segundo la gran sierra  
De Armenia vieron con alegres calmas,  
Y los que en santa y peligrosa guerra  
Contra el vicio alcanzaron dignas palmas,  
Patriarcas, profetas, capitanes  
Gozan el premio allí de sus afanes.

"Y que el Batista, su perfecto amigo,  
Le respeta, le abraza y le venera;  
Y como fue de la verdad testigo  
Le da su gloria la verdad primera;  
Y al fin, postrado el bárbaro enemigo  
Que el hielo vengador y llama fiera  
Tiene por cárcel, sale Dios triunfando,  
Y en orden lleva su dichoso bando.

"¡Oh, cómo allí los ángeles tremolan  
En cruz pendientes ricos estandartes,  
Y sobre el hondo caos los enarbolan  
Cual verdaderos vitoriosos Martes!  
¡Cómo luego los aires arrebolan  
De color variado en todas partes,  
Y en subiendo a la tierra, hacen salva  
Con música a la eterna y feliz alba!

"Y ¡cómo allí con ínclitos favores

Regalará a sus nobles prisioneros,  
Y mostrará en palabras los amores  
Que en obras les ha hecho verdaderos!  
Cercarlos ha de santos resplandores,  
Y ceñirlos de ángeles guerreros,  
Y el tiempo aguardará, cuando a la muerte  
Vencerá con su vida ilustre y fuerte.

"Apenas, pues, el alba placentera  
Aljófar lloverá en el verde prado,  
Y alegre esparcirá la primavera  
Sus flores a la luz del sol dorado,  
Cuando el sol sacro de la empírea esfera,  
Que en el Oriente de su Padre amado  
Reposa, animará el tercero día  
Su cuerpo, al alba y sol dando alegría.

"Afeado aquel cuerpo más hermoso  
Que la tierra sostuvo, el cielo vido,  
Estará en el sepulcro tenebroso,  
Y en varias partes con rigor herido,  
Como el que de un afán tan riguroso  
Salió muerto, aunque estaba a Dios unido;  
Mas luego que lo informe el alma pura,  
Se bañará de inmensa hermosura.

"Suele una parda nube que oscurece  
Al sol, y al Occidente hace sombra,  
Mientras la gran lumbrera no parece,  
Parecer que con luto el aire alfombra;  
Pero si el sol en ella resplandece,  
Ni ya quita la luz ni al cielo asombra;  
Antes, como preñada de mil soles,  
Revienta en mil hermosos arreboles.

"Así en entrando el alma refulgente  
De Cristo en aquel cuerpo inestimable,  
De oscuro lo pondrá resplandeciente  
Con luz raya y belleza inimitable:  
No hay acá semejanza conveniente  
A aquella perfección incomparable;  
Que es tierra lo de acá, y es más que cielo  
El cuerpo que es a Dios ornato y velo.

"Mas ¿qué diré de las heridas bellas  
Que en los pies y en las manos y el costado

Conservará, para mostrar con ellas  
Su amor divino y corazón llagado?  
Ni el terso relucir de las estrellas,  
Ni el rayar de la luna plateado,  
Ni el cielo empíreo con su llama pura  
Es huella de su inmensa hermosura.

"Tal, pues, la grande losa penetrando,  
Saldrá lleno de ilustres resplandores,  
Y gracias y dulzuras desplegando,  
Al día prestará luces y flores;  
Y al terrible escuadrón y fiero bando  
De los muchos soldados veladores  
Que le habrán puesto allí los fariseos,  
Espantará, admirable en sus trofeos.

"Pero, ¡con qué placer las almas pías,  
Humildes, le darán dulces abrazos,  
Lanzando por sus ojos alegrías,  
Y apretándole a sí con firmes lazos!  
Tenderán con devotas cortesías  
Sus invisibles amorosos brazos,  
Cuál por los pies, y cuál por la garganta,  
Y cuál por la cintura sacrosanta.

"Y ¡con qué besos tocarán gloriosas  
Aquellas de su amor seguras prendas,  
Que entonces les serán llagas hermosas,  
Y ahora son heridas estupendas!  
Y ellas, como reliquias vitoriosas  
De éstas que sufren asperas contiendas,  
¡Cuánto se dejarán besar afables!  
¡Cuánto se dejarán gozar amables!

"¡Cómo también los ángeles cantores  
Los aires llenarán de voces claras,  
Previniendo a los dulces ruiseñores  
Y venciendo en cantar sus lenguas raras!  
Que si le dieron al nacer loores  
Cuando le eran las músicas tan caras,  
En la resurrección del cuerpo santo  
Más dulce le darán y alegre canto.

"He aquí deshechos, Reina, sus trabajos,  
He aquí su carne ya glorificada,  
Que afrentas viles y desprecios bajos

Sufriendo va, del hombre enamorada;  
Pero escucha los tiernos agasajos  
Que ha de hacer a ti su Madre amada,  
Y cómo en mar de gozo ahoga en ellos  
La gran tristeza de tus ojos bellos.

"¡Oh, Virgen! Estarás entonces llena  
De dolor grave, de tormento amargo,  
De afán cercada, sumergida en pena,  
Y un punto juzgarás por tiempo largo;  
Si bien con fuerte pecho y faz serena  
Harás al Padre tu amoroso cargo,  
Pidiendo que a tu Hijo resucite,  
Y su gloria y tu amparo solicite.

"Y cuando esté con mas razón, Señora,  
Tu alma triste, oscuro tu aposento,  
Antecediendo al paso del aurora  
El sol te nacerá de tu contento;  
Y con su luz, a quien el cielo adora,  
Herirá tu bel rostro macilento,  
Y llenará esta cuadra de mil rayos,  
De rosas, flores, primaveras, mayos.

"Como la flor de extraña maravilla,  
Clicie, se entorna y busca al sol ardiente,  
Y cuando se le asconde, se amandlla,  
Haciendo en sí por él otro Occidente,  
Y abre su faz hermosa y amarilla,  
En viendo al sol nacer en el Oriente;  
Así, en mirando al sol de tu belleza,  
Convertirás en gozo la tristeza.

"Vendrá tu Hijo de ángeles cercado,  
Y santas almas, en su luz ardiendo,  
Su cuerpo ceñirán resuscitado  
Con regocijo alegre y dulce estruendo:  
Al Hijo que miraste ensangrentado,  
Le verás fuentes de placer vertiendo:  
Diráte: -¡Oh, Madre! -y tú dirásle: -¡Oh, Hijo!-  
Tú en él, y él en tu rostro el rostro fijo.

"Abrazarásle, y él daráte abrazos;  
Besaráte, y darásle dulces besos;  
Echarásle a su cuello estrechos lazos,  
Y él te hará recíprocos excesos.

¡Oh,, quién dividirá tan lindos brazos,  
A tan gloriosos brazos también presos!  
Y ¡quién apartará tan limpios labios,  
Que sin hablar palabra son tan sabios!

"Sus manos cogerás, ¡oh, Virgen pura!,  
Y apretaráslas con tus manos bellas;  
Y así, admirada de su hermosura,  
Tu hermosura mirarás en ellas:  
De su costado beberás dulzura,  
Y beberás de amor vivas centellas,  
Y verás en su alegre y linda cara  
Sol, luna, estrellas, cielo, lumbre clara.

"A besar de sus pies las nobles llagas  
Te postrarás ante sus pies divinos,  
Y allí recibirás gloriosas pagas,  
De que tus pies cansados fueron dignos:  
Y porque el apetito satisfagas  
De regalarte con sus pies benignos,  
No te alzaré tan presto el Hijo Eterno,  
Y luego te dará el costado tierno.

"Y bañarás en él con la memoria  
De la que sangre fue, tus labios rojos,  
Y en su dulzura tocarás tu gloria,  
Y en su regalo el fin de tus enojos;  
Y con tus mismos ojos la victoria  
De la muerte verás, viendo sus ojos,  
Pues jamás se pondrá para ti el día,  
Mientras claros te dieron su luz pía.

"Pedirásle, Señora, que se quede,  
Que se detenga más, que no se vaya,  
Que otra vez torne, pues hacerlo puede,  
Y que de tu dolor compasión haya:  
Dirásle que quien ama nunca excede,  
Aunque en el regalar pase la raya.  
Mas ¿qué no le dirás de tus amores?  
Y él ¿qué no te dará de sus favores?

"Así estará contigo tiempo largo,  
Que a ti parecerá momento breve,  
Para endulzar con esto el vino amargo,  
Que ahora bebes tú porque él lo bebe.  
¡Oh del cargo de Adán justo descargo

Y fiel paga de su culpa aleve!  
Pasa volando las nocturnas horas,  
Y el día venga de las dos auroras.

"De la que al mundo el sol dará, naciendo,  
Y tú al mundo darás resuscitando;  
Que si él viniere flores esparciendo,  
Tú vendrás gracias de favor sembrando:  
Con aquellas el prado estará oliendo,  
Y con éstas el alma estará amando:  
Pasa, pues, de la cruz las graves horas,  
Y el día venga de las dos auroras."

V

## EL ARREPENTIMIENTO Y LA MUERTE DE JUDAS ISCARIOTE

(Libro VII, 7-59)

Con este grande horror y sombra oscura  
En tristeza elevado, en ira envuelto,  
Trocada de su aspecto la figura,  
Y el ánimo en matarse ya resuelto,  
Ni para en sí, ni en otro se asegura,  
Cual mar turbado, el corazón revuelto;  
Y en el dinero, de su daño causa,  
Hace una lastimosa y grande pausa.

Sácalo afuera y míralo espantado,  
Y vuélvelo por una y otra cara,  
Y dice, en el absorto y asombrado:  
"¡Oh, caso nunca visto, o culpa rara!  
¡Que a tal persona truje a tal estado!  
¡Que esta moneda me costó tan cara,  
Esta poca, esta indigna, esta vil tierra;  
Y que ella ya en su vientre no me encierra!

"El dinero ¿quién es? Y ¿quién es Christo?  
El dinero un fingido y blanco lodo;  
Christo el oro mejor que el cielo ha visto,  
Y el archivo perfecto del bien todo:  
El dinero es el pérfido Antichristo  
Opuesto a Dios, si no en substancia, en modo;  
Y Christo es el que vino a ser maestro

De la verdad, y fuélo, en verdad, nuestro.

"El dinero es el único instrumento  
De que usa el mundo y se aprovecha el vicio;  
Christo de la virtud el fundamento  
Y de Dios el más alto beneficio:  
El dinero es un hórrido portento  
Que tuvo al caos en su nacer propicio,  
Pues pare confusión, causa maldades;  
Y Christo un sol de eternas claridades.

"¿Por esta tierra y polvo congelado  
Vendí yo, miserable, al Rey del cielo?  
¿Por éste cometí tan gran pecado?  
¿En dónde hallaré a mi mal consuelo?  
No en el cielo, que el cielo está enojado,  
Ni en el suelo, que está bramando el suelo,  
Porque vendí al Señor que los sustenta,  
Por hambre de estos polvos avarienta.

"Darélo de limosna; que me acuerdo  
Haber oído a mi Maestro sabio,  
Que es el ladrón que da limosna, cuerdo,  
Y que algo restituye de su agravio.  
Mas ¡ay! que en todo con razón me pierdo,  
Me ofusco y yerro, me atormento y rabio.  
¿Quién tomará dinero tan maldito,  
Precio infame de aquel Señor bendito?

"Quiero volver a su principio el daño,  
Al mismo que lo dio volverlo quiero:  
Mala pascua con él tenga y mal año;  
Que tal me la ha causado su dinero.  
Mas ¡oh, locura grande, oh, ciego engaño!  
¿En pedírselo yo no fui el primero?  
Al fin dárselo importa: allá lo goce;  
Mi culpa y su dinero se reboce."

Llegando a los pontífices con esto,  
Que la pascua en el templo celebraban,  
Les declaré el espíritu molesto  
Y crudos monstruos que le atormentaban.  
"Vuestros bienes tomad, llevadles presto,  
Dijo, avisando que ellos le abrasaban:  
Pequé vendiendo por dinero al Justo,  
De su inocente sangre precio injusto."



Ellos, pasmados de tan raro ejemplo:  
"¿Qué se nos da?, dijeron: tú lo vieras."  
Y él vertió las monedas en el templo,  
Y admirar hizo a aquellas almas fieras.  
¡Oh, indignos sacerdotes! Yo os contemplo  
Cual furias del infierno carniceras,  
Bramando contra el pobre, arrepentido  
De esto que contra Dios ha cometido.

Decidme, pues: o Christo es inocente,  
O no: si no, bien mereció en vendello  
Judas; luego, si ahora se arrepiente,  
Es porque ve que hizo mal en ello.  
Es justo y santo clara y ciertamente;  
Y así errasteis vosotros en prendello.  
Ayudando a su mal con vuestra culpa;  
Por donde "tú lo vieras" no desculpa.

Ni él la juzgó por tal; y así les dijo:  
"Escuchad, ¡oh, pontífices atroces!,  
Que aunque pudiera, no seré prolijo;  
Escuchad, escuchad mis tristes voces:  
El varón justo, el soberano Hijo  
De Dios, a vuestros ánimos feroces  
Entregué yo frenético, no viendo  
El furor de esas almas estupendo.

"Si no, decidme, ¡oh, padres!, ¿quién pensará  
Que siéndolo, a tan dura y baja muerte  
Vuestra envidia proterva condenará  
Al que es del mismo Dios el brazo fuerte?  
Notoria es mi maldad, mi culpa es clara,  
Y el crimen vuestro de la misma suerte;  
Y no os salva decir que yo lo viera,  
Si ella es traición de todos cruda y fiera.

"Aquí mi mal explicaré patente;  
Descargaré, hablando, mi conciencia:  
Pues entregué sin causa al inocente,  
Declararé con ella su inocencia.  
Dios, Dios, ¡oh, sacerdotes!, no consiente,  
Con su divina y sabia providencia,  
Que muera yo callando las verdades  
De sus virtudes y de mis maldades."

Decir quisiera más; pero envidiosos  
Del honor con aplauso a Christo vuelto,  
Le echaron los pontífices furiosos  
De su cabildo, ya entre sí revuelto:  
Él los dejó en el templo cuidadosos;  
Y en defender a su Señor resuelto,  
Por la ciudad apriesa caminando,  
A todos de esta forma iba hablando:

"El es varón cumplidamente santo;  
Siempre le vi hacer obras perfectas,  
Que me causaban un devoto espanto,  
Aun en partes ocultas y secretas:  
Sus palabras, que el mundo estima en tanto,  
Puras, humildes, graves y discretas  
Eran cuando trataba con nosotros,  
Como cuando hablaba entre vosotros.

"En hechos de piedad gastaba el día,  
La noche en oraciones ocupaba;  
Ya milagros clarísimos hacía,  
Ya tristes y afligidos consolaba;  
Ya, humilde, su sermón nos repetía,  
Ya, sabio, de su fe nos informaba:  
Y en esto y en aquello, en parte y todo,  
La substancia era santa, y santo el modo.

¡  
"¡Qué de veces le vi dejar la mesa,  
La mesa pobre y el manjar templado,  
Y por la calle caminar apriesa  
Por socorrer algún necesitado;  
Y acabada una heroica y grande empresa,  
Volver con pecho alegre y sosegado,  
Y tener por espléndida comida  
Favorecer a un alma afligida!

"¡Qué de veces también de noche acaso,  
Haciendo él oración en parte obscura,  
Fui yo con sordos pies, con mudo paso,  
Y entré y le vi cercado de luz pura!  
Tanta, que el mismo sol era un escaso  
Arroyuelo de gracia y hermosura,  
Y él una clara fuente inacabable  
De extraña luz y de beldad notable.

"¡Qué de veces los ángeles benditos

Ante él se arrodillaron en el suelo,  
Y después con clamores infinitos  
En himnos lo ensalzaron hasta el cielo!  
¡Qué de veces con gozos exquisitos,  
Dulces, nos dieron este gran consuelo,  
Como a Señor mirándolo suave,  
Y mandándolos él con frente grave!

“Él no; yo fui de aqueste mal suceso  
La causa: yo y la mísera codicia  
De ese dinero comenzó el proceso  
De Christo, y hoy lo acaba mi avaricia.  
Quiero contar en público mi exceso,  
Y dar al mundo de mí mal noticia:  
Todos la sepan; y es de tal manera  
De mi antigua pasión la historia entera:

"Por discípulo entré de mi Maestro,  
y fuílo con verdad algunos días,  
Solícito y humilde, simple y diestro  
En hacer, buen Jesús, lo que decías;  
Y el enemigo del linaje nuestro,  
Astuto y envidioso de obras pías,  
Asechanzas me puso poco a poco,  
En que yo tropecé cual ciego y loco.

"Procurador me hizo de su escuela;  
Con esto comencé a tener dinero:  
¡Oh, mal principio! Andaba con cautela  
En el servir, y en el sisar ligero.  
Quien este vicio infame no recela,  
En cepo de oro, más terrible y fiero,  
Se halla presto, sin poder salirse;  
Porque es fácil entrar, difícil irse.

"Así yo, preso en él de buena gana,  
Fui ladrón siempre, y siempre codicioso;  
Que no se harta la avaricia humana,  
Ni el que la tiene, tiene en sí reposo.  
El buen Jesús, por ciencia soberana  
Sabedor de mis vicios, cuidadoso,  
Una vez me avisaba con dulzura,  
Y otras disimulaba con cordura.

"Yo nunca en la virtud aprovechaba;  
Que soy a mil miserias inclinado,

Y en ésta que refiero caminaba  
Cual si tuviera el corazón alado:  
Una ocasión y otra ocasión buscaba,  
Ratero ladroncillo mal usado;  
Y en todo lo precioso que venía  
Al colegio, ganancia pretendía.

"Cenó Jesús, ¡oh triste!, en una casa,  
Y cenando llegó la Magdalena,  
Y como nunca fue con él escasa,  
Menos lo quiso ser en esta cena:  
Ella en perfecto amor de Dios se abrasa,  
Y a mí su amor divino me condena:  
De unguento un vaso derramó precioso  
Sobre el cabello de Jesús hermoso.

"Sentílo yo, porque sentí el provecho  
Que de venderlo yo sacar pudiera;  
Murmuré de su ilustre y santo hecho,  
Como si perdición pródiga fuera:  
Christo, que penetraba mi mal pecho,  
No con airado rostro y faz severa,  
Sino con blanda voz y alma suave,  
Me templó y corrigió, modesto y grave.

"Decía yo que fuera conveniente,  
Vender aquel unguento y repartillo  
Entre alguna afligida y pobre gente,  
Pero no con espíritu sencillo;  
Y respondió el Señor manso y clemente,  
Como que le pesaba de decillo:  
-Pobres siempre tendréis unos a otros,  
Mas yo no estaré siempre con vosotros.

"Ungirme esta mujer es obra buena,  
Y servido a mi muerte y sepultura:  
A nadie cause su cuidado pena;  
Que ella tiene su paga bien segura:  
Será el prez y el honor de Magdalena  
Esta unción de sus manos, blanda y pura,  
Y en todo el mundo se sabrá la historia  
De su piedad, honrando su memoria.

"Yo rabiaba de cólera y enojos,  
Por no haberme en la venta aprovechado;  
Y dende allí miré con malos ojos

A Jesús y con pecho emponzoñado:  
Hícele guerra, y pretendí en despojos,  
No el unguento en su nombre derramado,  
Sino de su persona el precio mismo,  
De un abismo cayendo en otro abismo.

"Anoche, pues, cenamos el cordero,  
Y el un sermón nos hizo milagroso,  
Y dijo que su cuerpo verdadero  
Nos daba por banquete generoso:  
Con alma excelsa y corazón entero  
Estuvo y con valor maravilloso,  
Y nos lavó los pies, aunque sabía  
Que de venderlo yo tratado había.

"Porque en la cena me habló diciendo:  
-Haz lo que haces más apresurado.  
Ayer no lo entendí; mas hoy lo entiendo,  
Que fue poner delante mi pecado:  
Sentí un ardor de llamas estupendo  
Cuando pasé al estomago el bocado  
Que él dijo ser su cuerpo y sangre noble,  
Como entre fuego ardiente el seco roble.

"De allí me levanté, y me parecía  
Que un demonio en los hombros me llevaba,  
O que yo en mis entrañas lo tenía,  
Según era mi priesa y furia brava:  
Llegué al concilio de esta gente pía,  
Que no sé con qué celo me aguardaba.  
¡Las piernas ojalá se me partieran  
Antes que en su cabildo me pusieran!

"Lo demás que pasó decir no quiero;  
Bástame en lo que dije haber mentido:  
Recibí por mi mal ese dinero;  
Vuélvolo, de mi mal arrepentido:  
Recójalo el senado lisonjero  
Que con dulces halagos me ha perdido;  
Y no basta decir: -Tú lo mirarás-,  
Siendo mis culpas y las tuyas claras."

Así como el que bebe mucho vino,  
Y ardiendo se le sube a la cabeza,  
Está con un airado desatino,  
Y la razón no acaba si la empieza,

Y bravo y triste va por el camino,  
Y el paso a varias partes endereza,  
Y suspéndese ya, ya se apresura,  
Según el fuerte humor de su locura;

O como la feroz sacerdotisa  
En el templo de Apolo endemoniada,  
Fingiéndose divina profetisa,  
Andaba en mente y ojos elevada,  
Ya [d]espacio, ya parándose, ya aprisa,  
Y en todo con razón desatinada,  
Pues llevaba en su pecho furibundo  
Al insolente rey del caos profundo;

Tal se fue Judas, y dejó medrosos  
A los que allí su plática escucharon,  
Y en busca de los montes cavernosos  
Voló, donde sus furias le agujaron:  
Ya fijaba los ojos codiciosos  
Que a hambre de dinero le incitaron,  
Y los clavaba atentos en el suelo,  
Ya en sí, ya en sus cuidados, ya en el cielo.

Satanás, el demonio que en la cena  
Después entró del sumo Sacramento  
En su cuerpo, le daba horrible pena  
Y nuevo y asperísimo tormento;  
Y el alma triste y de pavores llena  
Se la ofuscaba el infernal portento;  
Y como que él así su mal decía,  
Estas internas voces le infundía:

"¿Qué haces, miserable, o que pretendes?  
¿Qué pretendes o intentas, miserable?  
¿Conoces tu maldad, tu culpa entiendes,  
Y al Señor que ofendiste inexorable?  
Si al ofensor y al ofendido atiendes,  
Hallarás tu pecado inexcusable,  
Y agotada con él la fuente inmensa  
Que la gracia y perdón mana y dispensa.

"A Dios vendiste, no vendiste al hombre,  
Al hombre solo; a Dios, a Dios vendiste;  
Mira y penetra de Jesús el nombre,  
Y la culpa verás que cometiste;  
Y para que tu ingenio vil se asombre

Y vengas a saber lo que hiciste,  
Quien es Dios y Jesús contempla y nota,  
Y el mal verás de tu conciencia rota.

"Es Dios el mismo bien. ¿Qué más se puede  
O más se debe en tu maldad decirse?  
A cuanto se imagina Dios excede;  
Que no es sujeto Dios para sentirse;  
Y a tu culpa lo mismo le sucede,  
Y así no tiene voz que expresarse,  
Ni tan profundo y tan sutil conceto  
Que la dibuje con pincel perfeto.

"Del abismo infinito de la nada  
Dios te sacó, y produjo al ser humano;  
Alma te dio de bienes adornada,  
Y en ti sopló su aliento soberano.  
¿Cómo ha sido esta dádiva estimada?  
Por tu maldad la recibiste en vano;  
Mas ¡ojalá que sólo en vano fuera,  
Y contra el bienhechor no se volviera!

"Como el cuervo traidor, al dueño amigo,  
Después de alimentado, atiende al ojo,  
No para ser de su beldad testigo,  
Sino para llevárselo en despojo;  
Así tú, Judas, pérfido enemigo,  
Siguiendo tu alevoso y fiero antojo,  
A Dios mirabas, no para estimalle,  
Sino para vendelle y despojalle.

"Y ¡a Jesús, a Jesús (¿quién tal juzgara?)  
Que te admitió a su noble y santa escuela!  
¡Intolerable ofensa, culpa rara,  
Que al mismo infierno con razón desvela!  
¿Qué hallaste en aquella ilustre cara  
Que a los supremos ángeles consuela,  
Y en aquella medida y ser bastante  
A enternecer entrañas de diamante?

"Y en aquellos compuestos ojos bellos  
Que están por ti escupidos con salivas;  
Y en aquellos gravísimos cabellos  
Que hoy han mesado manos vengativas;  
Y en aquellos sus labios, en aquellos  
Labios o puertas de corales vivas,

Ya casi muertas, y en su voz, ¿qué viste,  
Y en él todo, que así le aborreciste?

"Bien que no quedarás sin justa pena:  
La pena llevarás de tu pecado;  
Como tu culpa y la razón ordena,  
Serás a eternos males condenado.  
¿No te acuerdas que dijo allá en la cena  
(Y hablaba contigo lastimado):  
-Tuviera por mejor no haber nacido  
El que me ha de vender? -Tú le has vendido.

"¿Qué aguardas, oh, traidor? ¿Que resucite,  
Y del sepulcro salga con victoria,  
Y vida y fama, vencedor, te quite,  
Y en tu sangre y honor bañe su gloria?  
¿Esperas que los ánimos incite  
De los que han de saber tu indigna historia  
A que le venguen todos de ti mismo?  
No es tanto bajar vivo al hondo abismo.

"El dijo, bien lo sabes, que sería  
Preso, azotado, y escupido, y muerto:  
Ya se llegó, ya se llegó este día:  
Parte de lo que dijo, sale cierto;  
Y saldrá también la profecía  
Donde avisó que, habiendo en la cruz muerto,  
Volvería a la luz resuscitado:  
Volverá, y pagarásle tu pecado.

"¿Quién podrá los inmensos resplandores  
De aquel rostro mirar con ojos vivos,  
Que no le opriman rígidos temblores,  
Miedos y asombros tristes y nocivos?  
Cuantos ahora claman vencedores,  
Cobardes, temerosos, fugitivos,  
Pedirán a los montes que los hundan,  
O en el infierno mismo los confundan.

"Pues no aguardes a ver tan poderoso  
Al que tan flaco por tu mal vendiste,  
Y en alta dignidad maravilloso  
Al que sin ella entre los pies trujiste,  
Y Rey de todo el mundo venturoso  
Al que para prenderlo traza diste:  
No será tan horrible ver la muerte



Como ver tu temida y buena suerte."

El crudo Satanás esto decía,  
Y aquesto Judas con dolor pensaba;  
El demonio sutil lo proponía,  
Y el confuso traidor lo imaginaba:  
El perdón de la gracia escondía  
Aquel, y éste también lo despreciaba;  
La culpa sola, y sola la justicia  
Pintando con rigor y con malicia.

Desesperado así, dijo el mezquino  
Con voz horrenda y ansia intolerable:  
"Dejad, mis pies, el infeliz camino;  
Acábase mi vida miserable:  
No quiero ver a Christo, Rey divino,  
En silla ilustre y pompa venerable:  
Esta sogá me apriete la garganta  
Y quítame el asombro que me espanta."

Dijo; y tiñóle el rostro desmayado  
Una confusa amarillez horrible;  
Todo el cabello se le alzó erizado,  
Y el cuerpo le cubrió un sudor terrible:  
A un tronco de higuera levantado  
Se subió, y el espíritu invisible  
Le siguió para darle ayuda en ello,  
Y echóse una gran sogá al triste cuello.

Ató el cordel bruñido al ramo fuerte;  
Y contra el cielo y contra sí rabioso,  
Suspenderse dejó de aquesta suerte,  
Al aire dando el cuerpo contagioso:  
Abrazóse con él la fiera muerte;  
Y Satanás, contento y presuroso,  
Hizo las veces de cruel verdugo,  
Poniendo en su cerviz el mortal yugo.

VI

LA CRUCIFIXION Y EL ENTIERRO  
(Libro XI, 158-180; Libro XII, 1-13, 68-78, 150-173)

Era elevado el monte y pedregoso;  
Iba sin fuerza Cristo y sin aliento;

Con la gran carga y el subir penoso  
Derribaba la cruz cada momento;  
Y ardiendo el escuadrón facineroso  
En ira, le aumentaba su tormento  
Con nuevas furias, con horribles voces,  
Golpes, afrentas, bofetadas, coces.

Pero subió a la cumbre, y puso en tierra  
El tremolado altísimo estandarte,  
Y en un peñasco de la inculca sierra  
Se sentó solo y acezando aparte;  
Allí el fin esperaba de la guerra  
El que vitorias ya en la cruz reparte.  
Mas ¿de qué suerte, ¡oh, corazón!, estaba  
Tu Dios, que guerra tal allí esperaba?

Estaba con la mano en la mejilla  
Y con los ojos en la tierra puestos,  
Y con el diestro codo en la rodilla,  
Y los pies ordenados y compuestos:  
De sólo verle así, daba mancilla<sup>2</sup>;  
Mas los fieros con fieros mil denuestos  
De nuevo le afligían dende afuera,  
La muerte amenazándole severa.

Uno los duros clavos le mostraba,  
Otro el martillo fuerte sacudía,  
Otro el grueso madero barrenaba,  
Otro la soga y el cordel crujía;  
Y Cristo aquello y esto contemplaba,  
Y esto y aquello humilde y manso vía;  
Mas llegaron en tanto dos sayones,  
Y dos le dieron crudos bofetones.

Era costumbre dar vino mirrado  
Por templar el horror y pesadumbre  
Al triste a muerte acerba condenado,  
Y con Cristo guardaron la costumbre:  
Vino de mirra, mas con hiel mezclado,  
Le ofrecen, y él con grave mansedumbre  
Lo toma y prueba, y déjalo al momento;  
Que mitigar no quiere su tormento.

Esto debes a Dios, hombre perdido,  
Que por deleites andas codicioso:  
Que él, por ganarte, no dejó sentido

Sin dolor en su cuerpo generoso:  
De espinas su cerebro fue herido  
Sus espaldas y rostro y cuello hermoso  
Con azotes y afrentas y cordeles,  
Y el gusto ahora con amargas hieles.

Los ojos agraviados con salivas,  
Y viendo a los rebeldes fariseos,  
Y notando a los pérfidos escribas  
Alegres con el fin de sus deseos;  
Las orejas oyendo vengativas  
Torpes blasfemias y baldones feos,  
Y el olfato también con el horrible  
Sucio hedor de aquel lugar terrible,

Y ¿tú buscas infames invenciones  
Para nadar lascivo en tus deleites,  
Y por cebar tus viles aficiones  
Falsa belleza finges con afeites?  
¡Oh, epicúreas paganas confecciones  
De aguas y yerbas, ámbares y aceites!  
Si es de Cristo el cristiano fiel dibujo,  
¿Qué gentil a la santa Iglesia os trujo?

Habiendo, pues, el buen Jesús probado  
Un trago sólo del ardiente vino,  
Fue de sus vestiduras despojado,  
Y del ornato fiero y peregrino;  
Y cual árbol quedó descortezado  
Su cuerpo, antes hermoso y cristalino.  
¡Oh, qué dolor! ¡Quítale así el vestido  
Preso a las carnes, y a la sangre asido!

¿Qué sentiste, Señor, cuando te viste  
Roto el cuerpo y en partes mil abierto,  
Y mirándote así tu Madre triste,  
Y al cielo y tierra y aire descubierto?  
Dime, ¡oh, noble Jesús!, lo que sentiste  
En tanto afán de todo el bien desierto;  
Que sólo tú, mi Dios, decirlo puedes,  
Que en el saber y en el sentir excedes.

Mas ¿qué pena y dolor no sentiría,  
Si con tanto furor le desnudaron,  
Y la túnica estaba yerta y fría,  
Y pegada a las carnes la arrancaron?

¡Oh, qué sangre después no llovería  
De aquel cielo de amor que arrebolaron!  
¡Oh, cuál no pasaría helado viento  
A un cuerpo tan herido y macilento!

Y ¡un cuerpo virginal y un cuerpo noble  
Y atormentado con fiereza tanta!  
Doble fue la crueldad, la pena doble;  
Si asombra la crueldad, la pena espanta:  
Rasgará un corazón de fuerte roble  
Ver tiritando aquella carne santa,  
Y ver tan pobre a Dios y tan desnudo,  
Tan afrentado y con dolor tan crudo.

Mas luego la canalla licenciosa  
Volando vino y le cerco insolente,  
Y de nuevo le puso la espantosa  
Guirnalda en la herida y bella frente;  
Que por otras cien partes rigurosa  
Entró y rompió, y sacó sangre caliente;  
Hizo y nos dio diversos agujeros,  
Arcaduces de gracia verdaderos.

Y al lecho de la cruz ya preparado  
Le llevan dende allí, lecho terrible,  
Y mándanle acostar, y así acostado,  
Manos y pies alarga el Dios pasible;  
Y viéndose en el trance deseado,  
Y el rostro vuelto y ánimo apacible  
Al cielo, y a su Padre orando, dijo  
Esto, cual obediente y sabio Hijo:

"Gracias te doy, ¡oh, soberano Padre!,  
Que al último he llegado y gran tormento;  
Y porque a tu bondad inmensa cuadre,  
Cumplió fiel tu sacro mandamiento:  
En las puras entrañas de mi Madre  
Lo recibí, y obedecí al momento;  
Y hoy lo ejecuto, al fin, con eficacia:  
Dale al hombre por él, Señor, tu gracia."

Dijo; y luego un ministro inexorable  
La mano le pidió, la diestra mano,  
Y Cristo se la dio con rostro afable,  
Y la palma extendió fácil y humano;  
Y en ella puso un clavo el detestable,

Feroz, gentil, idólatra profano,  
Y alzó el martillo, y con menudo estruendo  
Dio y redobló furioso el golpe horrendo.

Pasó la blanda mano el hierro duro,  
Rompió niervos, fijóse en el madero;  
Y el cuerpo santo, cual batido muro,  
A aquella parte se inclinó ligero;  
Mas Cristo le ofreció grave y seguro  
El otro brazo, y con semblante entero;  
Y el sayón lo tomó para clavallo,  
Pero no pudo a su lugar llegallo.

Y así le ató un cordel con lazo estrecho,  
Y hasta ponerlo firme y extendido  
Donde el otro agujero estaba hecho,  
Con fuerza lo estiró y lo tuvo asido:  
Y otro clavo escogió fuerte y derecho,  
Y agudo y esquinado y bien fornido,  
Y atravesó con él la mano santa,  
Y con tanta crueldad y furia tanta.

Y de la misma suerte fue tirando  
Los pies, que no llegaban al barreno,  
Y así, los duros golpes redoblando,  
El madero dejó de sangre lleno:  
La Virgen santa, oyéndolo y mirando,  
Golpes y sangre recibió en su seno;  
Y por éste y aquél noble sentido  
Lanzaba triste el corazón herido.

¡Oh, corazón y pecho de María!  
¡Amante corazón y pecho tierno,  
Que con amor y con dolor porfía  
Y llora, y obedece al Padre eterno!  
Mas, ¡oh, tú, pecho helado y alma fría  
Con obstinada nieve y hielo interno,  
Que no te ablandas con la sangre pura  
Que vierte Dios sobre la tierra dura!

¡Sangre de Dios bañado tiene el suelo,  
Pecador, y tu pecho no entenece  
La blanda lluvia del supremo cielo,  
Que antiguas rocas ablandar merece!  
¡Oh, santo, vengador, ardiente celo!  
Si al que con beneficios se endurece

Castigas, cruces da de nuevo el hombre  
Contra Dios que le da su sangre y nombre.

Mas ¡oh, Dios derramado y Dios unido  
Con sangre, y sangre y Dios y gran tesoro  
Encima de la tierra aparecido!  
Dende aquí con humilde faz te adoro.  
¿Dónde caminas, español perdido,  
Surcando mares por difícil oro,  
Hallado apenas con trabajos graves,  
Y alas tendidas de aparentes aves?

No pretendas riqueza transitoria;  
Que la sangre de Dios tiene cubierto  
El gran tesoro de la eterna gloria,  
Y tesoro inmortal, seguro y cierto:  
Si es digno, pues, que ocupe tu memoria  
Tesoro sobre tierra descubierto,  
Sangre de Dios tesoro es excelente,  
Y encima de la tierra está patente.

La gran Jerusalén, ciudad divina,  
Cara a Dios, y a los hombres admirable,  
En medio de la fértil Palestina  
Su cabeza levanta venerable.  
Ella como señora predomina  
En excelencia y gloria perdurable  
A las demás que en torno la rodean,  
Su falda besan y su honor desean.

Por las rosadas cumbres del Oriente  
Asia la ciñe y su valor admira,  
Y por los hondos valles de Occidente  
Europa con devota faz la mira:  
La seca Libia y África la ardiente,  
Por donde el sol más caluroso gira,  
La cerca, y Escitia, Armenia, Persia y Ponto,  
Por do el Trion se asconde en Helesponto.

De esta, pues, gran ciudad poco distante,  
En medio está del Norte y del Ocaso  
El verdadero y soberano Atlante  
Y el verdadero y celestial Parnaso;  
El Calvario, que tuvo a Dios triunfante,  
Y en alta cruz desnudo al cielo raso,  
Bañado con las fuentes que salieron

Del mismo Dios y llagas tuyas fueron.

Y es cierta fama y tradición segura  
Que el santo padre de la fe sagrada,  
Para ofrecer a Isaac en hostia pura,  
Aquí la mano alzó y vibró la espada,  
Y en ésta de Jesús viva figura  
La muerte vio de Cristo dibujada;  
Vídola, y alegróse; porque vido  
A Dios, de amor, no de pasión, vencido.

Y es antigua opinión de caso cierto,  
Y historia entre los sabios verdadera,  
Que en él mandó enterrar después de muerto  
El viejo Adán su anciana calavera,  
Y donde fue para la cruz abierto  
El ya felice hoyo estaba entera;  
Que quiso Dios regar con su sangre justa  
Del primer pecador la frente adusta.

Y en aquel tiempo aquí se justificaban  
Los condenados a la muerte odiosa;  
Aquí a los caballeros degollaban,  
Pena de gente ilustre y generosa:  
Aquí a los homicidas obligaban  
A padecer en cruz muerte afrentosa,  
Y aquí estaba clavado en un madero  
Del mismo Dios el Hijo verdadero.

Mas ¡oh, tú, Verbo, que sin voz formada,  
Cual divina palabra inteligible,  
Dibujas de la máquina criada  
Lo hecho, lo futuro y lo posible!  
Una devota voz de ti abrasada  
Y encendida en tu luz inaccesible  
Me da, que muerta en Dios, callando dice  
Que palabra de Dios la solemnice.

Tú, que para enseñar la ruda gente  
Abriste de tu boca el rico labio,  
Y el tesoro escondido eternamente  
Comunicaste de tu pecho sabio;  
Para decir en forma conveniente  
Tu celo, tu pasión, tu amor, tu agravio,  
Archivo ilustre de la ciencia de oro,  
Dame una parte de tu gran tesoro.

Mas ¿quién dirá la muerte de la vida?  
¿Quién contará la pena de la gloria,  
Y la vitoria en una cruz vencida,  
Y que vencida, lleva la victoria?  
Tú, palabra de humana voz vestida,  
De tu voz y palabra mi memoria  
Viste; que cantar quiere en dulce llanto  
Lo que sintiendo llora el mismo canto.

Ya estaba en el madero, inestimable  
Por ser lecho de Dios, Cristo enclavado,  
Y el cuerpo al mismo cielo venerable  
Con desigual rigor descoyuntado;  
Cual agua turbia el olio saludable  
De Dios vertido y sin temor hollado;  
Los huesos desatados parecían,  
Y estirados los nervios se veían;

Cuando en alto subieron el hermoso  
Árbol con esta ofrenda refulgente,  
Y en el hoyo con ímpetu furioso  
Lo dejaron caer pesadamente:  
Fijóse el estandarte vitorioso  
En tierra, enarbolado y eminente;  
Estremeciósese el cuerpo al golpe fiero;  
Gimió la pena y retembló el madero.

Abriéronse las llagas de las manos,  
De los pies se rasgaron las heridas,  
Y los arroyos de ellas soberanos  
Crecieron con las grandes avenidas;  
Y con nuevos dolores inhumanos  
De los huesos las carnes desasidas,  
No el pecho sólo, palpitar se vieron,  
Y de la cruz al golpe resurtieron.

Así fue levantada en el desierto  
La gran serpiente de metal robusto,  
Para el pueblo fiel remedio cierto  
Contra el castigo de su culpa justo;  
Así alzaban en alto descubierta  
El sacrificio grato al sabio gusto  
De Dios, y así, de tierra levantado,  
Cristo se llevó el mundo en sí elevado.



.....  
Pensó; y esto miraba cuidadosa,  
Los ojos puestos en el Hijo santo,  
La Madre Virgen y la sierva esposa,  
Con asombro y horror, con pena y llanto;  
Mas de una fortaleza milagrosa  
Armada el invencible pecho, tanto,  
Que ni dolor a la razón vencía,  
Ni al dolor la razón freno ponía.

Miraba triste el cuerpo desangrado,  
Que tan lindo parió, y crio tan bello,  
Y de su casta leche sustentado,  
Se alegró veces mil de sólo vello;  
Y entre espinas miraba enmarañado  
El que ella ensortijó rubio cabello  
Cuando al niño Jesús peinaba llena  
De gozo, como ahora está de pena.

La faz miraba, aquella faz doliente  
Que tantas veces a su rostro amable  
Llegó, y la dulce boca y limpia frente  
Que besó tierna y abrazó agradable;  
Y el mirar grave y el hablar prudente,  
Y aquel florido pecho y siempre afable  
Contemplaba; mas ¡ay! que lo hallaba  
Otro en la cruz, del que ella contemplaba.

Miraba (y era su dolor terrible)  
Al Hombre Dios en cruz y entre ladrones;  
Y al que, de luz vestido inaccesible,  
Reina en la gloria, lleno de aflicciones;  
Y en desigual pasión y muerte horrible,  
Con mofa y juego, afrentas y baldones,  
En tierra despreciado al Rey del Cielo,  
Que por salvar al mundo vino al suelo.

Esto miraba y de esto se dolía,  
De amor herida y en dolor suspensa:  
¡Gran dolor y amor grande de María,  
Inmenso afán y caridad inmensa!  
Quien tanto amaba ¡cuánto sentiría  
En su amado y su Hijo tal ofensa,  
Y siendo el Hijo de Dios, y ella tan Madre,  
Y de Hijo que acá no tuvo padre!

Amor de hijo es el amor más vivo,  
y si es único el hijo, es más interno,  
Y si es hermoso y bueno, es excesivo:  
Pues ¿qué será el del Hijo tal y eterno?  
Y el dolor de su mal es compasivo  
Mas, cuanto el gozo de su bien más tierno,  
Y más fuerte el amor. ¡Ay, Virgen pura!  
¡Cuál fue tu compasión y tu ternura!

Hubo en la Madre Virgen tres amores:  
El natural de madre, el adquirido  
Con el trato de Cristo y sus favores,  
Y el de la caridad más encendido;  
Y así, su corazón con tres dolores,  
Y todos en el grado más subido  
Que imaginar se puede, traspasado  
Fue; mas tuvo paciencia en igual grado.

¡Oh, cuántas veces levantó los ojos  
Para ver a su Hijo, y al momento,  
Por no dar pena y recibir enojos,  
Los bajó triste y no siguió su intento!  
¡Y cuántas quiso abrir sus labios rojos,  
Y la voz muerta, helado el pensamiento,  
Y ella en su gran dolor se quedó absorta,  
Liberal en sentir, y en hablar corta!

Así estaba, y estaba Juan con ella,  
Mirando al Hijo y viendo así a la Madre  
Transelevado en él, pendiente de ella,  
Y al fin atento del eterno Padre;  
Y la hermosa en cuerpo, en alma bella,  
Ya porque una beldad con otra cuadre,  
Allí también a Cristo y a María  
Dolorosa miraba y tierna vía.

Cuando el Señor miró a su Madre, y dijo  
En cruz de compasión interna puesto:  
"Mujer, presente tienes a tu Hijo",  
Señalando al discípulo modesto;  
Y a Juan, que en Cristo al alma y rostro fijo  
Tenía, y alma y corazón dispuesto  
A su obediencia, dijo: "ésa es ahora  
Tu madre, madre ya quien fue señora".

Y dende entonces como a madre nueva  
Y su antigua señora venerable  
Juan la amó y respetó, haciendo prueba  
De su respeto y de su amor notable;  
Y los firmes propósitos renueva  
Por este beneficio inestimable,  
Que le quedó estampado en la memoria,  
De servir a los dos en pena y gloria.

Murió Dios; pero tú, gentil, advierte  
Que en la naturaleza inaccesible  
De Dios no padeció la cruda muerte  
Y viles penas; que eso no es posible:  
Sufrió la cruz y agravios manso y fuerte  
En la carne que a sí junto, pasible,  
Y por ser hombre y Dios ya una persona,  
De Dios lo que del hombre se pregona.

En un peral está un manzano enjerto;  
Como peral, produce fértil peras,  
Y cuan fértil manzano, está cubierto  
Y lleno de manzanas verdaderas:  
Vive Dios como Dios, y en la cruz muerto  
Cual hombre está, porque a tus culpas mueras  
Tú, que le ves; y Dios muere afligido,  
Por ser Dios Hombre a cuerpo y alma unido.

Estaba, pues, así cuando llegaron,  
Y a los ladrones que con él estaban  
Los verdugos las piernas les quebraron,  
Porque los sacerdotes lo mandaban;  
Y a Cristo para el mismo fin miraron,  
Y al tiempo que los crudos le miraban  
Vieron que ya era muerto; mas hicieron  
Otra crueldad mayor que la que vieron.

A Longinos, en cuyo seno duro  
La impiedad se quedó depositada,  
Ordenaron que al pecho santo y puro  
Diese con mano fiera una lanzada:  
Dióla y rompió con ella el sacro muro  
Que el alma excelsa tuvo en sí guardada,  
Y el costado le abrió, fuente de vida,  
Y agua y sangre salió por la herida.

Y los siete divinos sacramentos

De ella manaron, celestial tesoro,  
Y de la gracia nobles instrumentos  
Que hoy a la Iglesia dan fuerza y decoro,  
Pues ¡oh hartura de ánimos sedientos!  
Llaga y fuente de gloria, yo te adoro,  
Te bendigo y te alabo: estame abierta  
Siempre, de Dios y el bien camino y puerta.

Al fin, siendo ya tarde, un caballero,  
Josef llamado, que al Señor seguía,  
A Pilato con ánimo sincero  
Entró y con singular y alta osadía;  
Y el cuerpo del mansísimo Cordero  
Que, muerto, el mundo como Dios regía,  
Le pidió; y preguntando si era muerto,  
Lo concedió, sabiéndolo de cierto.

Fue Josef con aquesto al gran Calvario,  
Donde halló a la Virgen Soberana  
Y a sus devotos junto al relicario  
Que encierra al mismo Dios en carne humana:  
Llegó y apercibió lo necesario  
Ya con ternura y caridad cristiana,  
Cuando vino el gravísimo maestro  
En ciencia claro, en enseñarle diestro;

Nicodemus, que cien libras preciosas  
De mirra y aloes trajo consigo,  
Y adorando primero las piadosas  
Llagas del buen Señor y dulce amigo,  
Con pecho humilde y manos religiosas,  
Y tierno llanto, de su amor testigo,  
De la cruz alta a Cristo descendieron,  
Y en lugar conveniente le pusieron.

La Madre, que vio cerca al Hijo amado,  
Con lágrimas, con vista y con razones  
Pidió que antes de verlo sepultado  
Le dejasen gozar de sus pasiones:  
Gozo con llanto y con dolor mezclado,  
Pero debido a tristes corazones,  
Que más se quietan cuando más se cansan,  
Y su mismo dolor creciendo amansan.

Los dos varones dársele temían,  
Y también de quitársele dudaban:

Su vehemente pena conocían,  
Y por no la aumentar no se le daban;  
Y la razón por otra parte vían  
De más dolor, si al fin se le quitaban:  
Venció, pues, la razón, como era justo,  
Y éste le concedieron triste gusto.

Y ya en su virginal regazo puesto,  
Comenzó a remirar el cuerpo santo  
Con ojos graves y ánimo compuesto,  
Pero con digno y valeroso espanto;  
Y el bello contempló rostro modesto  
Con tanta ofensa y con desprecio tanto  
Herido, y parecía que en su cara  
Se transfundía aquella ofensa rara.

Y viendo la corona, sus espinas  
Le iban el corazón atravesando,  
Y aquellas luces, de respeto dignas,  
Le abrasaban su injuria contemplando:  
Los corales y perlas peregrinas  
De boca y labios, su beldad notando  
Antigua y ya su pálida tristeza,  
También le marchitaban su belleza.

Consideraba aquellos lindos brazos,  
Y allí se le ahogaba el alma entre ellos,  
Si bien le fueron siempre amigos lazos,  
Prisiones dulces y collares bellos:  
Ceñíalos con tiernos mil abrazos;  
Mas el retorno le faltaba de ellos;  
Y esta visible mortandad penosa  
La eleva sangre y alma y faz hermosa.

A las manos llegaba, y con sus manos  
Tocaba las heridas blandamente,  
Y sin sentir los hierros inhumanos,  
Otro dolor sentía vehemente:  
Miraba aquellos miembros soberanos  
Del cuerpo más que el sol resplandeciente  
Y le quedaban los distintos huesos  
Y azotes crudos en el alma impresos.

Vino al fin a la llaga del costado,  
A la preciosa llaga descubierta,  
Para mirar el corazón sagrado

Como por ancha y venerable puerta:  
Violo y dejólo en lágrimas bañado,  
Y otra llaga en el suyo vido abierta;  
Llaga espiritual y llaga viva,  
De la llaga del muerto compasiva.

Así la gran pasión del santo Hijo  
Con agudo buril de tierno afeto  
Y obra cansada de dolor prolijo  
En su amor esculpió y en su conceto;  
Y estas razones generosas dijo,  
De alma tan fuerte digno y sabio efeto;  
"¡Que ame Dios tanto al hombre, que le ofrezca  
Su mismo Hijo que por él padezca!

"Y que llegue a tal punto la malicia  
Del hombre, que a su Dios así atormente;  
¡Y que pida esta pena la justicia  
De Dios en el fiador y el inocente!  
Y ¡que vuestra piedad fue tan propicia  
Al hombre, ¡oh, Hijo!, que de cruz pendiente  
Muriédeses por él y de él maldito!  
Alábeos cielo y tierra, ¡oh, Dios bendito!"

Esto decía, pero más pensaba;  
Y la triste y hermosa Magdalena,  
Que los pies del Señor besando estaba,  
Así le dijo, de congoja llena:  
"En estos, ¡oh, Maestro!, yo arrojaba  
Mi bien, mi mal y mi consuelo y pena,  
Y mi mal en mi bien se convertía,  
Y mi pena en consuelo y alegría,

"En estos pies mi vida pecadora  
Dejé resucitada a vida nueva;  
En estos, que mi alma triste adora,  
Vi de vuestra bondad la mayor prueba;  
En estos, do la vida se atesora  
Y do muerta la vida, se renueva,  
Para mi hermano la pedí animosa,  
Y la alcancé y la vi tierna y gozosa.

"De Marta en estos pies me defendistes,  
Y vuestra ciencia en ellos me enseñastes;  
De vuestra voz colgada me tuvistes,  
Y a vuestro cielo atenta me elevastes.

Mas ¡oh, divinos pies!, ¿qué no hicistes  
Con esta pecadora que sanastes,  
Dejándola tocar con sus cabellos  
Los pies de Dios y ser honrada de ellos?

"¿Adónde verterán, mis pies amados,  
Adónde verterán agua mis ojos?  
Y ¿a qué pies mis unguentos regalados  
Daré, como vencida, por despojos?  
Y ¿cuáles otros pies, de mí abrazados,  
Me quitaran suaves mis enojos?  
¿Qué otros pies besara mi triste boca,  
Sino estos pies que con sus labios toca?"

Juan, que miraba a su Señor atento,  
Dijo: "¡Oh, si el sueño en que me vi dormido,  
En ese pecho ya roto y sangriento,  
El sueño de la muerte hubiera sido!  
No hubiera padecido el gran tormento  
Que viendo a Hijo y Madre he padecido."  
Dijera más: que más decir quería;  
Y atajóle la noble compañía.

Josef y Nicodemus, que pidiendo  
A la piadosa Madre el Hijo santo,  
Y sus miembros purísimos ungiendo,  
De un blanco lo cubrieron limpio manto;  
Y su pompa los ángeles siguiendo,  
Y todos con devoto y mudo espanto  
Al huerto fueron donde en peña dura  
Estaba de Josef la sepultura.

Llegando allí con reverente aspeto,  
Manos humildes y almas temerosas,  
Y lágrimas nacidas de respeto  
Y compasión suaves y copiosas;  
A Dios, que a muerte quiso estar sujeto,  
Entre dos enterraron blancas losas;  
Y cuando estos misterios acabaron,  
Tristes en el sepulcro le dejaron.

FIN